

Robert W. Fogel, El tiempo en
la cruz. La economía desde
vista en los Estados Unidos,
Madrid, Siglo XXI Editores, 1974

PROLOGO

LA ESCLAVITUD Y LA REVOLUCION CLIOMETRICA

Los años de la esclavitud negra y los de la guerra civil que acabaron con ella fueron tiempos en la cruz para nuestra nación. Si hay algún aspecto del pasado norteamericano que suscita un sentimiento de vergüenza es ciertamente el sistema de la esclavitud. Ninguna guerra en nuestra historia, incluyendo las dos guerras mundiales, se cobró más vidas de americanos, devastó más nuestra economía y amenazó más nuestra supervivencia nacional que la guerra civil. Es fácil de apreciar el interés de los investigadores por poner al descubierto las fuerzas económicas, políticas y sociales que produjeron las tensiones de la época anterior a la guerra e hicieron explosión en el peor holocausto de nuestra historia.

Se ha acumulado una vasta literatura sobre el tema de la economía esclavista. Cientos de historiadores han examinado prácticamente todos los aspectos de la institución. Aunque los investigadores no se han puesto de acuerdo en muchos aspectos, un amplio consenso se ha ido imponiendo gradualmente, y a fuerza de ser repetido tan a menudo, habría alcanzado hacia mediados del presente siglo el status de una interpretación tradicional. Esta es la que se enseña en la mayoría de las escuelas superiores y colegios del país. Se trata del punto de vista aceptado por la mayoría de los lectores de este libro.

No es muy conocido el hecho de que un grupo de historiadores y economistas que aplican métodos cuantitativos a los problemas históricos hayan sometido a una intensa revisión crítica durante casi una década y media la interpretación tradicional de la esclavitud. Esta revisión implica el procesamiento de grandes cantidades de datos numéricos. Aunque éstos estaban disponibles desde antes, las técnicas requeridas para analizarlos e interpretarlos sistemáticamente no fueron perfeccionadas hasta después de la segunda guerra mundial. Una serie de rápidos avances en economía, estadística y matemáticas aplicadas, junto a la existencia de computadoras de alta velo-

ciudad, puso la información guardada en oscuros archivos a disposición de una nueva generación de investigadores.

La revisión basada en nuevas técnicas y fuentes hasta ahora desconocidas ha refutado muchas de las más importantes afirmaciones de la tradicional descripción del sistema esclavista. La nueva información aparecida sobre las condiciones de la esclavitud negra es tan significativa como la corrección de los errores del pasado. A pesar de que las investigaciones siguen todavía en marcha, están lo suficientemente completas como para darnos una imagen clara de los principales rasgos del funcionamiento real de la economía esclavista. La reconstrucción que de allí ha surgido contradice tanto las creencias comunes, y sus implicaciones son tan importantes para la comprensión de los problemas contemporáneos, que creemos que los nuevos hallazgos no deberían quedar restringidos a las páginas de esotéricas publicaciones eruditas.

Las siguientes son algunas de las principales correcciones que se han hecho a la tradicional definición de la economía esclavista:

(1) La esclavitud no fue un sistema irracionalmente mantenido con vida por unos propietarios de plantaciones que no comprendieron o no se preocuparon por saber cuáles eran sus verdaderos intereses económicos. La compra de un esclavo era generalmente una inversión altamente rentable con unas tasas de rendimiento comparables a las más extraordinarias oportunidades de inversión en la manufactura.

(2) El sistema esclavista no estaba económicamente moribundo en vísperas de la guerra civil. No hay pruebas de que las fuerzas económicas por sí solas hubieran conducido a la esclavitud a su fin, sin necesidad de una guerra o de otro tipo de intervención política. Muy por el contrario, la esclavitud como sistema económico nunca fue tan fuerte como en el momento previo a la guerra civil, y se tendía a un mayor reforzamiento.

(3) Los propietarios de esclavos no se habían vuelto pesimistas acerca del futuro de su sistema durante la década que precedió a la guerra civil. La aparición del movimiento secesionista coincidió con una oleada de optimismo. En vísperas de la guerra, los propietarios de esclavos esperaban una época de prosperidad sin precedentes.

(4) La agricultura esclavista no fue ineficaz comparada con la agricultura libre. La economía en gran escala, el control efectivo y la intensa utilización del trabajo y del capital hicieron

que la agricultura esclavista del Sur fuera un 35 por 100 más eficiente que el sistema de explotación familiar del Norte.

5. El típico peón agrícola esclavo no era perezoso, inepto e improductivo. Por lo general era más resistente y eficaz que el blanco.

6. El desarrollo de la esclavitud en las ciudades prueba que ésta no era incompatible con el sistema industrial y que los esclavos eran capaces de hacer frente a tal régimen. Los que estaban empleados en la industria sobrepasaban en diligencia y eficacia a los trabajadores libres. Lejos de disminuir, la demanda de esclavos se incrementó con mayor rapidez en las áreas urbanas que en las zonas rurales.

7. La creencia de que la cría de esclavos, la explotación sexual y la promiscuidad destruyeron a la familia negra es un mito. La familia fue la unidad básica de la organización social bajo la esclavitud. Económicamente, a los plantadores les interesaba reforzar la estabilidad de las familias esclavas y la mayoría de ellos lo hicieron. La mayor parte de las ventas de esclavos afectaron a familias enteras o a individuos que tenían la edad suficiente como para abandonar el hogar.

8. Las condiciones materiales (no psicológicas) de vida de los esclavos eran mejores que las de los trabajadores industriales libres. Esto no quiere decir que fuesen buenas si las comparamos con los modelos actuales. Simplemente hacemos hincapié en la dura suerte de todos los trabajadores, libres o esclavos, durante la primera mitad del siglo XIX.

9. Los esclavos eran explotados en el sentido de que sus propietarios se apropiaban de parte de los ingresos que producían. Sin embargo, el nivel de apropiación fue mucho menor de lo que generalmente se supone. En el curso de su vida, el típico peón agrícola esclavo recibía cerca del 90 por 100 de los ingresos que había producido.

10. Lejos de estancarse, la economía del Sur previa a la guerra creció muy rápidamente. Entre 1840 y 1860, la renta per cápita aumentó más velozmente que en el resto del país. Hacia 1860, el Sur alcanzó un nivel de renta per cápita alto para los criterios de la época. Un país tan avanzado como Italia no alcanzó el mismo nivel de renta per cápita hasta la víspera de la segunda guerra mundial.

Ya este resumen parcial de las críticas nos lleva a preguntarnos por qué se equivocaron tanto los defensores de la interpretación tradicional del sistema esclavista. Los historiadores cuyos puntos de vista están ahora sometidos a revisión eran

investigadores conscientes y cuidadosos, sumamente inteligentes y perspicaces; intentaron describir la historia del Sur anterior a la guerra como realmente era. La explicación de tales extravíos no debe buscarse en sus inclinaciones personales o en otras peculiaridades de su comportamiento —aun cuando en algunos casos las inclinaciones hayan sido un factor importante—, sino en gran medida en algunos problemas metodológicos generales y en particular en el papel de las matemáticas y la estadística en el análisis histórico. Algunas de las revisiones más efectivas del nuevo trabajo dependen de cuestiones matemáticas que, a pesar de su oscuridad, son vitales para una descripción e interpretación correctas de la economía esclavista.

La esclavitud anterior a la guerra no es el único aspecto de la historia económica de los Estados Unidos de América que ha sido sometido a una revisión radical como resultado de la aplicación de métodos matemáticos y estadísticos. La reconsideración de la esclavitud forma parte de un esfuerzo más ambicioso por reconstruir la historia completa del desarrollo económico norteamericano sobre bases cuantitativas firmes. A los comprometidos con esta empresa se les llama «nuevos historiadores de la economía», «historiadores econométricos» y «cliómetros». Alfred H. Conrad y John R. Meyer, entonces jóvenes profesores de Harvard, hicieron, en un par de ensayos escritos en 1957, la primera formulación categórica de la nueva tendencia. Desde la aparición de estos trabajos, el número de investigadores que han intentado aplicar métodos matemáticos y estadísticos a la historia ha pasado de menos de veinte a varios cientos. A medida que proliferaban, lo hacían también sus descubrimientos iconoclastas.

Los historiadores cliómetros han reducido el papel del cambio tecnológico en el progreso económico de los Estados Unidos; han polemizado con la pretensión de que los ferrocarriles fueron necesarios para la ocupación y explotación del Oeste; han sostenido que la prosperidad de la década de 1830 y de los primeros años de la siguiente fue antes consecuencia de los acontecimientos en México y en Inglaterra que resultado de la política de Andrew Jackson; y han rechazado la opinión de que la guerra civil aceleró la industrialización del país.

En la actualidad, los hallazgos y métodos de la nueva historia económica se enseñan habitualmente a los graduados en Harvard, Yale, Chicago, la Universidad de California y otras universidades importantes, las cuales producen la mayor parte de los doctores en este campo. Esto no significa que la controversia acerca de la orientación cliométrica haya llegado a su

fin. Hay todavía un significativo número de eminentes historiadores de la economía que son profundamente escépticos frente a la utilidad de los métodos matemáticos.

Pero aun los críticos más escépticos de la «manía matemática» han tenido que reconocer que los cliómetros han prestado un servicio al buscar y escudriñar sistemáticamente grandes cantidades de datos de una importancia directa para la comprensión del desarrollo económico norteamericano. Y nunca ha sido tan vigorosa la pasión por los números como en el estudio sobre la economía de la esclavitud.

Durante más de una década, varios grupos de investigadores se han dedicado a explorar cada posible fuente de información sobre el funcionamiento del sistema esclavista. La búsqueda los condujo a los escondrijos más profundos de los archivos nacionales y de varios archivos estatales, en donde estaban guardadas las listas manuscritas recogidas por los empadronadores de 1850 y 1860. Estos documentos contienen información detallada sobre cada una de las plantaciones entonces existentes, así como sobre los esclavos que nacieron, vivieron y murieron en aquellos años. Los cliómetros revisaron también los documentos de las sociedades históricas de varios estados del Sur y algunos del Norte, donde estaban depositados los papeles familiares y los registros comerciales de las más importantes plantaciones. Los testamentos y otros documentos legales de las haciendas de los plantadores han sido particularmente útiles. Aparte de los precios de venta de decenas de miles de esclavos, estos registros han sido una de las principales fuentes para determinar las características estructurales de las familias negras. En busca de estos testimonios, los investigadores llegaron eventualmente hasta lugares como las montañas de Wasatch en Utah, donde la Sociedad Genealógica de la Iglesia de Jesucristo de los Santos del Último Día ha almacenado microfilmes de registros testamentarios recolectados en cientos de tribunales de condado.

Como resultado de esta búsqueda, los cliómetros han reunido la información más completa sobre el funcionamiento del sistema esclavista que haya estado a disposición de cualquier persona interesada en el tema tanto en el período anterior a la guerra como desde entonces. Esta gran cantidad de testimonios ha sido la fuente de muchos de los nuevos hallazgos.

Algunos de los descubrimientos fueron en su momento tan increíbles para los cliómetros como lo serán para los lectores de este volumen. En verdad, muchos de los hallazgos presentados en los capítulos que siguen fueron en un principio des-

deñados y aun rechazados. Pero cuando fallaban los esfuerzos por contradecir tan inesperados descubrimientos, estos investigadores se vieron forzados a dar una nueva y radical reinterpretación de la esclavitud norteamericana.

Este será un libro de lectura inquietante. El lector deberá ser tolerante y reconocer que lo que aquí se postula es producto del esfuerzo honrado de investigadores cuyo propósito central ha sido descubrir lo que realmente sucedió. Creemos que esta tolerancia será beneficiosa. Los descubrimientos que analizamos no solamente ponen al descubierto muchos de los mitos que han servido para destruir y envenenar las relaciones entre las razas, sino que también nos ayudan a ver desde nuevas perspectivas algunas de las más urgentes cuestiones del presente.

Considerando las pruebas presentadas en este libro, el lector puede tener presentes algunas advertencias sobre las ventajas y las limitaciones de los métodos cliométricos. La ventaja de la aplicación de métodos cuantitativos a la historia no es la de dar respuestas inequívocas a todos los interrogantes. No todos los interrogantes tienen respuestas inequívocas. Y muchos de los que en principio tienen respuestas inequívocas son difíciles de resolver porque faltan datos importantes, por lo que el restablecimiento de ciertos datos es demasiado caro para ser práctico o porque el análisis de un determinado dato plantea problemas que no pueden ser tratados por los métodos matemáticos y estadísticos desarrollados hasta el momento.

Es por ejemplo mucho más fácil obtener datos sobre la frecuencia con que las familias de esclavos fueron destruidas por el tráfico interregional de esclavos que sobre las condiciones íntimas de su vida familiar. Igualmente, los testimonios sobre el número de esclavos por hogar son más directos y completos que la información disponible sobre la limpieza y salubridad de tales hogares. Aunque los cliómetros han sido capaces de construir índices razonablemente fidedignos del nivel material en que vivían los negros bajo la esclavitud, les ha sido imposible hasta el momento idear un índice significativo del efecto del sistema en la personalidad o psicología de los negros.

En otras palabras, los cliómetros ofrecen un conjunto de instrumentos que son de una considerable ayuda para analizar un importante pero limitado conjunto de problemas. Muchas cuestiones vitales de la economía esclavista están fuera del alcance de tales instrumentos. Esto no significa que deban ser ignorados aspectos tales como las condiciones de la vida fami-

liar de los esclavos o los efectos psicológicos de la esclavitud sobre la personalidad de los negros, pero este análisis será más incierto que el de problemas tales como la suficiencia nutritiva de la dieta de los esclavos, la rentabilidad de las inversiones en esclavos y su eficacia en el trabajo.

Este libro no sólo presenta los principales hallazgos de los cliómetros, sino que también intenta interpretarlos. En las páginas que siguen reconsideraremos muchos aspectos de la interpretación imperante de la esclavitud y la historia de los negros a la luz de los nuevos descubrimientos. Es importante que el lector tenga presente esta distinción entre los principales hallazgos de los cliómetros y nuestro intento de interpretarlos. El descubrimiento y la interpretación no tienen el mismo nivel de certeza. A veces la interpretación implica datos adicionales bastante fragmentarios y supuestos que, aunque admisibles, no pueden ser verificados de momento. Por lo tanto, aun cuando los lectores acepten la validez de uno u otro de los principales hallazgos, pueden no estar de acuerdo con la significación que les damos.

No hay datos sin errores. Los cliómetros deben siempre enfrentarse con el problema de la naturaleza de los errores contenidos en los diversos datos que emplean y la orientación que tales equivocaciones producirían en los cálculos basados en tales datos. Cuando se hace la evaluación desde este punto de vista, la prueba no entra sólo en dos categorías (bueno y malo), sino en una compleja jerarquía en la cual hay muchas categorías de pruebas y varios grados de fiabilidad.

Nuestro propósito ha sido basar nuestras afirmaciones en pruebas que estén lo más alto posible en esta jerarquía de fiabilidad. Tenemos poca confianza en las pruebas fragmentarias que se basan en impresiones inverificables de individuos cuyo objetivo ha sido la defensa de una postura ideológica. Son más aceptables las pruebas fragmentarias que provienen de fuentes objetivas, como es el caso de relatos impresionistas de observadores aislados; pero éstas siguen teniendo un bajo nivel de fiabilidad, dado que por lo común es imposible someterlas a comprobaciones estadísticas sistemáticas.

Los datos susceptibles de comprobaciones estadísticas sistemáticas (a los que denominaremos «datos sistemáticos»), aun cuando sean tendenciosos, son frecuentemente más útiles que los fragmentarios. Porque si se conoce la naturaleza o dirección de la tendencia, es a menudo posible arbitrar procedimientos estadísticos que conduzcan a la comprobación de cuestiones históricas importantes. Por ejemplo, en el capítulo 4

presentamos una estimación del contenido nutritivo de la dieta de los esclavos en las grandes plantaciones. El primer paso del procedimiento de estimación implicó la determinación del abastecimiento total de alimentos para el consumo humano en una plantación determinada. El segundo exigió separar el consumo de los esclavos del de los blancos que vivían en la plantación. Dado que no se disponía de ninguna información sistemática sobre la dieta de estos blancos, resolvimos el problema suponiendo que el consumo de alimentos era sustancialmente mayor que el del promedio nacional. Estimamos esta «sobrealimentación» de los blancos en unas 5.300 calorías diarias, cifra que es claramente superior a cualquier posible nivel de consumo de los blancos relativamente inactivos de la clase alta que vivían en las plantaciones. Si la «sobrealimentación» de los blancos conduce a una subestimación del consumo de los esclavos, el error es relativamente pequeño (menos del 5 por 100 del consumo per cápita de los esclavos), ya que los blancos constituirían un pequeño porcentaje de la población de las grandes plantaciones. No obstante, la corrección de este pequeño error no cambiaría la conclusión de que el contenido nutritivo de la dieta de los esclavos era bastante alto. Por el contrario, la corrección de este error sólo serviría para apuntalar esta conclusión.

Empleamos las pruebas fragmentarias e impresionistas en dos sentidos: para ilustrar y hacer más vívidos los resultados establecidos por métodos más precisos y para rellenar los huecos en las pruebas que no se han podido obtener hasta ahora de los datos sistemáticos. Deben considerarse de una fiabilidad relativamente menor los argumentos que se basan en pruebas fragmentarias e impresionistas, independientemente de la objetividad de la fuente.

Con el fin de estimular al máximo el análisis de los descubrimientos de los clíometras, hemos intentado presentarlos de la manera menos técnica posible. Pero la popularización tiene un precio. Aquellos que están familiarizados con los escritos de los clíometras saben que una de sus principales características es el «análisis sensible» (*sensitivity analysis*). Este hace referencia a la investigación de los efectos cuantitativos en los hallazgos de posibles inclinaciones en los datos, en ecuaciones del comportamiento y en los supuestos de las técnicas estimativas. Pero si hubiéramos intentado introducir este análisis en el desarrollo del texto, el libro habría sido demasiado técnico.

En cambio, hemos incluido un apéndice técnico (apéndice B), en el cual se analizan tanto los datos en los que se

basan los principales descubrimientos como las técnicas empleadas en su análisis. No todos los aspectos técnicos se incluyen en el apéndice B; hacemos allí referencia a los más importantes o al menos a los más polémicos. Aquellos lectores que deseen una información más completa pueden consultar los numerosos trabajos científicos en los que se ha basado este libro. En los apéndices B o C y en la lista de referencias se hace mención a las obras que ya han sido publicadas o a las que lo serán de inmediato.

Los apéndices B y C, la lista de referencias y el apéndice sobre el papel de la ciencia en el estudio de la historia se encontrarán en el volumen complementario de *Tiempo en la cruz*, que se titula *Evidence and methods. A supplement* *.

* Los apéndices citados no figuran en esta edición. Véase la nota del editor, p. ix.

I. LA PROBLEMÁTICA

El origen y la magnitud de los beneficios de los propietarios de esclavos han sido siempre un misterio. La falta de datos precisos ha producido un debate sobre estas cuestiones entre los historiadores profesionales que se ha prolongado casi durante tres cuartos de siglo. Hasta hace poco, la tesis de Ulrich B. Phillips dominó la polémica. Sureño de nacimiento y profesor de historia en las universidades de Wisconsin, Michigan y Yale, Phillips fue durante muchos años el decano de los que escribieron sobre el Sur de la preguerra. Su interpretación de la economía de la esclavitud fue expuesta por primera vez en un ensayo publicado en 1905 y elaborado más tarde en los libros de 1918 y 1929. Phillips exploró los archivos del Sur buscando tanto información cuantitativa como cualitativa sobre el funcionamiento de las plantaciones esclavistas. Su investigación fue más profunda que la de los que le habían precedido y que la de muchos de los que lo continuaron. Pero aun los testimonios que descubrió fueron insuficientes para el cálculo de unos márgenes de beneficio representativos. Por último, basó en gran medida su argumentación en los datos que recogió sobre los precios de los esclavos y los precios del algodón.

Según la tesis de Phillips, la mano de obra esclava sólo se transformaba en una inversión rentable cuando se daba la conjunción de tres condiciones. Estas eran: 1, una extrema escasez y un alto precio de la mano de obra libre; 2, un sistema de organización agrícola y un conjunto de cultivos que permitieran la estricta supervisión de los esclavos en simples rutinas, y 3, un bajo precio de los esclavos. Phillips sostenía que estas tres condiciones existían en las colonias del Sur antes de la revolución americana y que ésta fue la razón por la cual la esclavitud arraigó y prosperó allí.

También afirmaba que estas condiciones propicias para la esclavitud comenzaron a desaparecer durante la década que siguió al tratado de paz de 1783. En particular, la segunda condición fue obstaculizada por la erosión del mercado mundial para la producción de las plantaciones. El precio del tabaco,

decía Phillips, había caído a niveles tan bajos «que la apertura de nuevas regiones de cultivo era contrarrestada por el abandono de las antiguas». «La producción de indigo estaba en decadencia» agregaba, «y el cultivo del arroz estaba en dolorosa transición». Sin el desarrollo de la desmotadora de algodón, la esclavitud habría desaparecido. Sin embargo, el crecimiento del cultivo del algodón dio un nuevo ímpetu a la esclavitud negra. El mercado mundial de algodón, en auge, estimuló la demanda interior de esclavos, revigorizando el tráfico.

Phillips señala que apareció una nueva amenaza para la continuación de la esclavitud cuando en 1808 entró en vigor un decreto del Congreso prohibiendo nuevas importaciones de africanos. Se necesitó cierto tiempo para que las consecuencias de esta acción se dejaran sentir en el mercado. Finalmente, los precios de los esclavos, bajos y relativamente constantes, de los primeros tiempos dieron paso a una época en la que los precios se dispararon. Phillips subrayaba que el aumento de los precios de los esclavos fue más acelerado que el alza de los precios del algodón. Para él, la relación entre el precio del algodón y el precio de los esclavos era tan crucial para evaluar la conveniencia de una inversión en esclavos como la relación entre precios y rentabilidad para evaluar la conveniencia de una inversión en acciones.

Los datos recogidos por Phillips muestran que la relación entre el precio de los esclavos y el del algodón se sextuplicó entre 1805 y 1860. Un cambio de tal magnitud indicaba claramente para Phillips que, hacia la última década del período anterior a la guerra, los esclavos estaban sobrevalorados —es decir, que sus precios eran demasiado altos para permitir al inversor obtener una tasa normal de beneficios.

¿Qué fue lo que causó el aumento del precio de los esclavos en relación con el del algodón? Según Phillips la explicación no puede encontrarse en la caída del costo del mantenimiento de los esclavos, ni en el aumento de su productividad, ya que en su capacidad de trabajo, un negro de primera calidad en 1800 era tan valioso como un esclavo de iguales condiciones en 1860.

Phillips concluía que el aumento fue fundamentalmente consecuencia de la especulación. La oferta de esclavos había sido monopolizada debido al cierre del tráfico. De ahí que «fuera inevitable que los precios aumentaran hasta el punto de la sobrevaloración». La presión especulativa fue reforzada por otras dos tendencias. En primer lugar, en la producción del algodón hubo economías de escala. Los propietarios de las

plantaciones trataron de aumentar constantemente la dimensión de su contingente de esclavos para obtener los beneficios de una operación en gran escala. En segundo lugar, se deseaba tener esclavos no sólo por razones productivas sino también como símbolo de *status* social y riqueza.

Debe señalarse que Phillips nunca demostró que la especulación, las economías de escala y el consumo ostentoso fueron los responsables del aumento de la proporción entre el precio de los esclavos y el del algodón. Simplemente afirmó que éstos eran los verdaderos factores explicativos.

La tesis de que la esclavitud no era rentable para la mayoría de los plantadores sugiere que el sistema esclavista estaba moribundo o al menos en decadencia debido a contradicciones económicas internas. Phillips no formuló por sí mismo esta tesis, pero fue energicamente desarrollada por una serie de historiadores que se incluyen en lo que se podría llamar «la escuela de Phillips». Estos investigadores intentaron descubrir las fuerzas económicas que llevaron finalmente a la autoestrangulación de la esclavitud. Se eligieron para esto tres rasgos de la economía esclavista.

En primer lugar, se afirmó que los plantadores del Sur estaban dominados por una irresistible tendencia a la superproducción de algodón. El principal autor de esta tesis fue Charles W. Ramsdell, de la universidad de Texas. Este argumentaba que la tendencia a la superproducción fue claramente evidente en la rápida expansión del cultivo del algodón después de 1858 y en la consecuente caída de sus precios. Para apoyar su idea, comparaba los últimos años de la década con las condiciones que predominaban en su comienzo. Señalaba que la década de 1850 comenzó con altos precios para el algodón y con un moderado nivel de producción. Esta fue aumentando lentamente entre 1850 y 1857 y los precios se mantuvieron relativamente estables, variando de cerca de diez centavos a más de trece por libra. Pero en 1858 comenzó un período de rápido aumento de la producción algodonnera y una decadencia simultánea en los precios. Ramsdell subrayaba que el tamaño de los cultivos de algodón se duplicó entre 1850 y 1860. Cerca del 70 por 100 del aumento tuvo lugar entre 1857 y 1860.

¿Qué fue lo que provocó este rápido crecimiento de la producción? Fue debido, decía Ramsdell, «en parte a la veloz construcción de vías férreas en todo el Sur a finales de la década, que pusieron al alcance de los mercados nuevas tierras y aumentaron los acres destinados al algodón; pero en parte el incremento fue debido a los nuevos campos de Texas». Para

Ramsdell, las circunstancias predominantes indicaban claramente que la futura tendencia de la producción era ascendente, mientras que la de los precios era descendente. «Si la guerra no hubiera intervenido», continuaba, «hay razones suficientes para creer que la superproducción y los bajos precios habrían continuado en las décadas de 1860 y 1870».

Pero ¿cuáles eran precisamente las «razones suficientes» para Ramsdell? Solamente su convicción de que las tierras vírgenes de Texas se habrían dedicado a la producción algodonnera y de que el aumento de ésta habría conducido a la caída de los precios. Ramsdell no presentaba ninguna prueba para respaldar su predicción.

El segundo argumento en favor de la autoestrangulación económica de la esclavitud ha llegado a ser conocido como la tesis de los «límites naturales». Esta tesis fue el resultado de dos proposiciones subsidiarias. La primera afirma que el clima y el suelo impusieron un límite a la extensión geográfica del cultivo del algodón y por lo tanto a la agricultura esclavista. Charles Ramsdell, que fue también uno de los principales defensores de este punto de vista, sostuvo que este límite natural se había alcanzado en realidad hacia 1860. La otra proposición sostiene que la esclavitud necesitaba una expansión territorial continua para seguir siendo rentable. Desde el momento en que la esclavitud llevó a un rápido agotamiento del suelo, la única manera de mantener un adecuado nivel en la productividad de los esclavos era poner nuevas tierras en producción. En consecuencia, si la expansión fue detenida por los límites naturales del suelo y el clima, el nivel de la productividad de los esclavos debió haber llegado rápidamente a niveles demasiado bajos para permitir la supervivencia del sistema.

El tercer argumento en favor de la existencia de fatales contradicciones económicas internas se basa en la presunta incompatibilidad entre la esclavitud y la sociedad urbana. Esta tesis ha sido enunciada por un gran número de escritores como John Cairnes, Frederick Douglass, Charles H. Wesley, Lewis C. Gray, Charles Ramsdell y Richard C. Wade. Algunos emplearon para sostener esta tesis el argumento racista de que el esclavo era «demasiado primitivo» para adaptarse eficazmente a las complejidades de la vida y de la producción urbanas. Otros consideraron que la amenaza provenía de la dificultad de controlar a los esclavos en un medio urbano. Las huelgas, los ataques a la propiedad y otras formas de crimen y la mayor facilidad para huir aumentaban los costos del control de los esclavos. También se ha afirmado que a medida que aumentaba

la densidad de las ciudades, dichos gastos se elevaron en una medida desproporcionada: el destino de esta «peculiar institución» fue el de estar aprisionada entre la escasa rentabilidad de la esclavitud urbana y la inexorable tendencia a la urbanización de la sociedad.

Algunos escritores han encontrado pruebas de los corrosivos efectos de la urbanización sobre la esclavitud en los censos decenales. Los registros de población muestran una marcada y acelerada decadencia en el número de esclavos que vivían en las diez mayores ciudades del Sur entre 1820 y 1860. En verdad, durante la última década del período de preguerra la decadencia fue absoluta.

No todos los miembros de la escuela de Phillips pasaron de la proposición de que la esclavitud no era rentable a la conclusión de que estaba destinada a caer por su propio peso. La excepción más notable es Eugene Genovese. Investigador de orientación marxista, Genovese trató de liberar a los análisis de Phillips de sus aspectos racistas, deslindando lo que él consideraba que eran las verdaderas relaciones de clase contenidas en las investigaciones y descubrimientos de Phillips.

Como otros miembros de la mencionada escuela, Genovese consideraba que la esclavitud fue económicamente ineficiente, que agotó los suelos, que restringió el desarrollo de la manufactura, que entró en conflicto con la urbanización y que produjo un inexorable impulso hacia la expansión territorial. Sin embargo, era ambivalente con respecto al problema de su rentabilidad; en ocasiones estaba de acuerdo en que, desde un punto de vista estrictamente comercial, una inversión en esclavos tal vez no fuera rentable; en otras argumentaba que probablemente lo fue. Genovese no consideró que ésta fuera una cuestión que debiera ser resuelta. Por el contrario dejó de lado la preocupación de sus predecesores acerca de la rentabilidad, la preocupación que los había cegado con respecto a las características centrales del sistema esclavista y de la clase propietaria de esclavos.

Los plantadores, decía Genovese, eran aristócratas «precapitalistas» imbuidos de «espíritu antiburgués», con valores y costumbres que subordinaban el afán de ganancias al honor, al lujo, a la comodidad, al logro y a la familia. «Mientras que en el Norte la gente iba detrás del señuelo de los negocios y el dinero por sí mismas, en el Sur las formas específicas de la propiedad portaban los símbolos del honor, el prestigio y el poder.» Debido a estos objetivos no económicos, los propietarios de esclavos tendían a huir de los grandes beneficios de la in-

dustria y a defender su riqueza en esclavos aun cuando el capital físico les ofreciera mayores tasas de rendimiento.

En consecuencia, decía Genovese, la noción de que los plantadores deberían haber abandonado la esclavitud simplemente por la disminución de los beneficios es absurda. Aunque estos propietarios no eran indiferentes a los beneficios, estaban más interesados en mantener su poder, sus valores morales y su medio social. Desde esta perspectiva no había ninguna razón para suponer que los plantadores deberían «hacerse desprendido de los esclavos tan fácilmente como un capitalista del Norte vendía sus acciones en los ferrocarriles o sus obligaciones cuando se debilitaban las ganancias de tales valores». Genovese creía que frente a los beneficios declinantes, los propietarios de esclavos debieron haber buscado una solución política a sus dificultades económicas. Según su punto de vista, la guerra civil fue la solución de la clase de los amos a la creciente crisis con que se enfrentaba a finales del período de preguerra. La esclavocracia confiaba en un «golpe audaz para completar su independencia política y usarla para dar a sus problemas económicos y sociales una solución expansionista».

En contraste con las formidables legiones que produjo la escuela de Phillips, aquellos que creían que los propietarios de esclavos obtenían altas tasas de rendimiento constituyeron hasta hace poco una minoría oprimida. Este pequeño grupo de investigadores vio en la esclavitud un sistema económicamente viable y rechazó la tesis de que las fuerzas económicas por sí mismas pronto habrían destruido el sistema. La coincidencia en estos puntos no condujo, sin embargo, a una opinión común acerca de la eficacia de la mano de obra esclava o de la importancia relativa de las diversas fuentes de las cuales los amos extraían los ingresos de sus esclavos.

Lewis C. Gray, el autor de la historia más importante de la agricultura del Sur, es virtualmente el único estudioso moderno de la esclavitud que rechaza el argumento de que los esclavos eran ineficaces e improductivos. Afirma que si bien éstos eran inferiores en el trabajo de las manufacturas, no sólo «demostraron considerable habilidad» en las tareas agrícolas, sino que frecuentemente trabajaron más y con mayor responsabilidad que los trabajadores libres. Gray sostiene que en la producción de materias primas el esclavo era evidentemente más eficaz que el trabajador libre. Esta superioridad, dice, explica la tendencia a la sustitución de la mano de obra libre por mano de obra esclava en la producción de algodón, azúcar, arroz y tabaco. Gray no consideraba que la cría de esclavos fuera una

importante fuente de beneficios. «La simple cría de esclavos para su venta no era rentable, ya que el aumento de esclavos por sí mismo sólo constituiría un modesto interés del capital... En consecuencia, no compensaría el mantenimiento de una mano de obra mayor de la necesaria para cultivar la tierra.»

Por el contrario, Kenneth Stamp, autor de la refutación a Phillips más sistemática, cree que los esclavos eran rentables no porque fueran más eficaces que los trabajadores libres, sino porque su trabajo costaba menos. El bajo costo de los esclavos tendía a compensar la superior eficacia de la mano de obra libre. En consecuencia, «el esclavo ofrecía a su propietario un excedente sustancial, aunque variable, sobre los costos de mantenimiento». Stamp además hace más hincapié que Gray en la cría de esclavos como fuente de ingresos. «Numerosos testimonios fragmentarios», dice, «indican que los esclavos se criaban con un ojo puesto en su posibilidad de venta, que el tráfico interior de esclavos no fue "puramente casual"». Muchos años «calculaban el crecimiento natural como parte del beneficio sobre el capital invertido. Podían lograr este beneficio poniendo en cultivo más acres o negociando con los traficantes de esclavos».

Tal vez ningún miembro de la escuela anti-Phillips haya subrayado más el problema de la cría de esclavos como fuente de beneficios que Frederic Bancroft. «La cría de esclavos», dice, «se convirtió muy pronto en la fuente de los mayores y a menudo los únicos beneficios regulares de casi todos los hacendados que poseían esclavos y de muchos plantadores en el alto Sur». Bancroft estima el «valor anual del crecimiento natural de los esclavos de una plantación» entre un 4 y un 8 por 100 de la inversión en esclavos. «Dicho valor era a menudo varias veces mayor que los beneficios que un plantador extraía de su cosecha... Sin duda, los efectos meramente agrícolas de una plantación eran más a menudo pérdidas que ganancias».

II. EL NIVEL DE BENEFICIOS Y EL CARACTER CAPITALISTA DE LA ESCLAVITUD

Por extraño que parezca, la investigación sistemática sobre la tasa media de beneficios en las inversiones de esclavos no comenzó hasta más de cincuenta años después de que U. B. Phillips lanzara la cuestión. Hubo en las décadas de 1930 y 1940 algunos intentos ocasionales al respecto, pero por varias razones quedaron incompletos. En general, los autores de estos tem-

pranos esfuerzos no tuvieron en cuenta la complejidad del problema de calcular la tasa de beneficios. No le dieron mucha importancia a la naturaleza de las ecuaciones que debían emplearse en el cálculo, no consideraron la multiplicidad de los ingresos y los costos que debían ser estimados e hicieron poco por probar la representatividad de los documentos dispersos e incompletos en los cuales se basaban sus estimaciones.

El estudio realizado por Alfred H. Conrad y John R. Meyer marcó un hito en el esfuerzo por enfrentarse con el problema de los beneficios. «Desde el punto de vista del empresario que hace una inversión en esclavos», escribían, «los problemas básicos que implicaba determinar la rentabilidad son exactamente los mismos que aparecen cuando se determinan las ganancias provenientes de cualquier otro tipo de capital invertido». Al plantear el problema de esta manera, Conrad y Meyer estaban, por supuesto, haciendo suya simplemente una de las sugerencias de Phillips, ya que fue éste el primero que subrayó la semejanza entre los mercados de esclavos y de mercancías. Sin embargo, mientras Phillips no fue capaz de pasar de esta conceptualización del problema a la medición de las tasas de rendimiento de una inversión en esclavos, estos dos economistas sí lo fueron.

Conrad y Meyer hicieron un cálculo por separado de las tasas de rendimiento por hombres y mujeres. El cómputo del rendimiento por esclavos fue el caso más simple. En primer lugar dedujeron el costo medio de capital por esclavo, incluyendo no sólo el precio del esclavo, sino también el valor medio de tierras, animales y equipos usados por él. El cálculo de las ganancias brutas anuales se realizó luego a partir de los datos sobre el precio del algodón y la productividad física de los esclavos. Se obtuvo la cifra neta restando a las ganancias brutas los costos de mantenimiento y supervisión de los esclavos. La extensión media del movimiento de las ganancias netas se determinó a partir de las tablas de mortalidad. Con estos cálculos, Conrad y Meyer estimaron las tasas de rendimiento por esclavos y dedujeron que en la mayoría de las plantaciones del período anterior a la guerra las ganancias variaron entre un 5 y un 8 por 100, dependiendo del rendimiento físico por peón y del precio del algodón. En las fincas de las altas y pobres regiones de pinos o en las exhaustas tierras de la costa oriental, las tasas eran sólo de un 2 a un 5 por 100. Pero en «las mejores tierras del nuevo Sudoeste, el aluvión del Misisipi, y en las mejores plantaciones de Carolina del Sur y Alabama», las tasas alcanzaron de un 10 a un 13 por 100.

El cálculo de las tasas de rendimiento por esclavas fue algo más complicado. Conrad y Meyer tuvieron que tener en cuenta no sólo la productividad de una mujer en el campo, sino también cuestiones adicionales como la productividad de sus hijos entre el nacimiento y el momento de la venta, los costos de maternidad, lactancia y crianza y el promedio de hijos. Suponiendo que muy pocas mujeres producían menos de cinco o más de diez niños que sobrevivían para ser vendidos, Conrad y Meyer calcularon los límites inferior y superior de la tasa de rendimiento. Estos resultaron ser respectivamente un 7,1 y un 8,1 por 100. De este modo, los plantadores de las tierras exhaustas del alto Sur que ganaban sólo un 4 o un 5 por 100 por los esclavos, estaban aún en condiciones de obtener un beneficio por su actividad global igual a las oportunidades alternativas. Lo lograban vendiendo los hijos de las mujeres a los plantadores del Oeste y obteniendo así tasas del 7 al 8 por 100 por la otra mitad de su contingente de esclavos. Pruebas de tal tráfico se encuentran no sólo en las descripciones de los contemporáneos, sino también en la estructura de edad de la población esclava. Los estados vendedores tenían una proporción significativamente mayor de personas menores de quince y mayores de cincuenta, mientras que en los estados compradores predominaban los esclavos en la plenitud de su edad productiva.

El estudio de Conrad y Meyer, más que poner fin a la controversia sobre la rentabilidad, la intensificó. No obstante, gracias a su trabajo, el debate estaba mucho mejor centrado que antes. Habían identificado claramente las variables decisivas que se necesitaban para el cálculo y el tipo de ecuaciones en las que éste debía basarse. El trabajo posterior de más de una veintena de investigadores estuvo dirigido a corregir sus cálculos de los valores de las variables importantes y a refinar sus ecuaciones computables.

Es interesante observar que la primera oleada de críticas a Conrad y Meyer descubrieron errores que iban casi exclusivamente en una dirección, errores que hacían que su cálculo de la tasa de beneficios fuera demasiado alto. De este modo se señaló que su supuesto de que todos los esclavos vivían el promedio de vida elevaba la tasa estimada de beneficios. También habrían sobreestimado demasiado el número de niños esclavos por mujer que alcanzaban los dieciocho años y subestimado la cuantía del equipo requerido para los esclavos, así como también diversos gastos tales como cuidado médico, empleo de personal administrativo, comida y ropa.

A medida que el debate se desarrollaba, se ponía de manifiesto que Conrad y Meyer habían cometido también errores en otros aspectos. Habían subestimado en gran medida la productividad media de un peón de primera calidad (un esclavo sano entre los dieciocho y los treinta años) y la productividad de las mujeres en relación con la de los hombres. Al mismo tiempo había sobreestimado partidas tales como los costos de maternidad y la cantidad de tierras, equipos y ganado necesarios para peones agrícolas jóvenes y viejos. También habían partido del supuesto erróneo de que la tierra y el capital físico empleado por cada esclavo morían cuando él moría.

Seguir las idas y venidas de este debate sumamente técnico está más allá del propósito de este libro. Algunos de los problemas técnicos más importantes se analizan en el apéndice B*. Por el momento deseamos solamente subrayar que los resultados de las numerosas correcciones han llevado a elevar y no a bajar los cálculos de la tasa de rendimiento de Conrad y Meyer. Por término medio, los propietarios ganaban cerca del 10 por 100 sobre el precio de mercado de sus esclavos. Las tasas de rendimiento eran aproximadamente las mismas para las inversiones en hombres y mujeres. Eran aproximadamente las mismas también en las diversas regiones. Se producían, por supuesto, fluctuaciones alrededor del promedio. Pero por razones que consideraremos luego en detalle, en el período que va de 1820 a 1860, no hubo ninguna tendencia secular a que el nivel de beneficios se alejara del promedio.

El descubrimiento de la alta y persistente tasa de beneficios producida por los esclavos constituye un serio y probablemente irreparable revés para la tesis de que el precio de los esclavos era en buena parte atribuible al consumo ostentoso. Si éste hubiera incrementado el precio de mercado de los esclavos por encima del nivel que las estrictas consideraciones comerciales indicaban, la tasa esperada de rendimiento de una inversión en esclavos habría estado por debajo de la obtenida de inversiones alternativas. Las correcciones a los cálculos de Conrad y Meyer revelaron que no existió tal déficit de beneficios. Muy por el contrario, los cálculos arrojaron promedios de tasas de rendimiento iguales o superiores a los promedios obtenidos en una variedad de empresas no agrícolas. Por ejemplo, el promedio de la tasa de rendimiento obtenida por nueve de las más importantes firmas textiles de Nueva Inglaterra en el período comprendido entre 1844 y 1853 fue del 10,1 por 100. Y un grupo

* Véase la N. del E., p. ix.

de doce ferrocarriles del Sur obtuvo un promedio de un 8,5 por 100 en la década de 1850-1860.

El descubrimiento de que la tasa de rendimiento proveniente de los esclavos era bastante alta no elimina la posibilidad de que algunos plantadores estuvieran dispuestos a pagar una prima para comprar esclavos o que otros poseyeran un número excesivo a altos precios. Esto sin embargo demuestra que la demanda global de esta categoría de propietarios de esclavos era demasiado limitada para elevar los precios del mercado por encima del nivel dictado por las leyes normales del comercio; esto es, que la demanda de aquellos propietarios que deseaban poseer esclavos por una cuestión de consumo ostentoso era muy pequeña en relación con la demanda total de esclavos.

Debería recordarse que los defensores de la tesis de que los esclavos eran poseídos en buena parte por razones de consumo ostentoso nunca han ofrecido pruebas definitivas de su argumento. Esta tesis no parecía necesitar pruebas rigurosas, ya que el supuesto de que la inversión en esclavos no era rentable hacía del consumo ostentoso una racionalización plausible de la aceptación por parte de los amos de pagar precios «excesivos». En este contexto parecía suficiente citar testimonios que sugieran el prestigio ligado a la propiedad de los esclavos. Sin embargo, el prestigio va siempre ligado a la propiedad de la mayoría de los bienes de gran valor que producen a sus propietarios altas tasas de rendimiento. Mostrar que la propiedad de esclavos y el prestigio estaban positivamente relacionados no resuelve la cuestión de la causalidad. ¿Era el precio de los esclavos alto porque su propiedad producía prestigio o producía la propiedad de esclavos prestigio porque su precio era alto? Para elegir entre estas dos alternativas hay que saber si el rendimiento esperado de los esclavos estaba por encima o por debajo de las tasas alternativas. Es precisamente en este punto en el que se equivocan los defensores de la tesis del consumo ostentoso.

La demostración de que una inversión en esclavos era sumamente rentable no sólo socava el argumento del consumo ostentoso, sino que también pone en duda el supuesto de que los propietarios de esclavos del Sur constituían una clase «no comercial» y «precapitalista» que subordinaba las ganancias a consideraciones de poder, estilo de vida y «costumbres patriarcales». La cuestión no es si la esclavocracia valoraba su poder, estilo de vida y costumbres patriarcales, sino si la consecución de tales objetivos entraba generalmente en conflicto u obstaculizaba significativamente la consecución de beneficios.

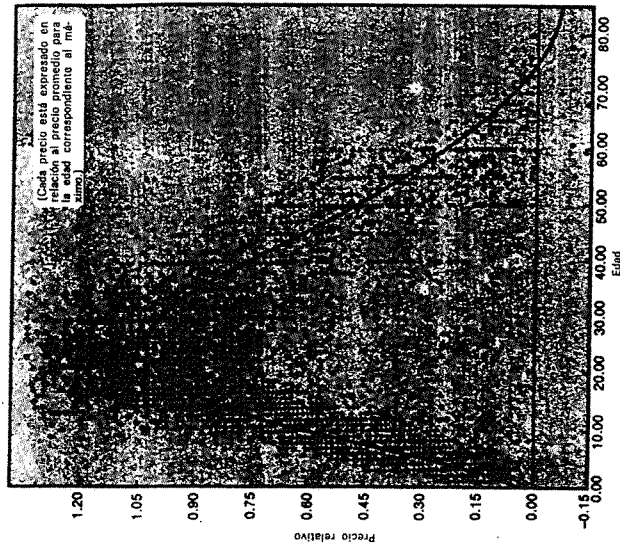


Fig. 15. Distribución de los precios de los esclavos por edades en el Viejo Sur.

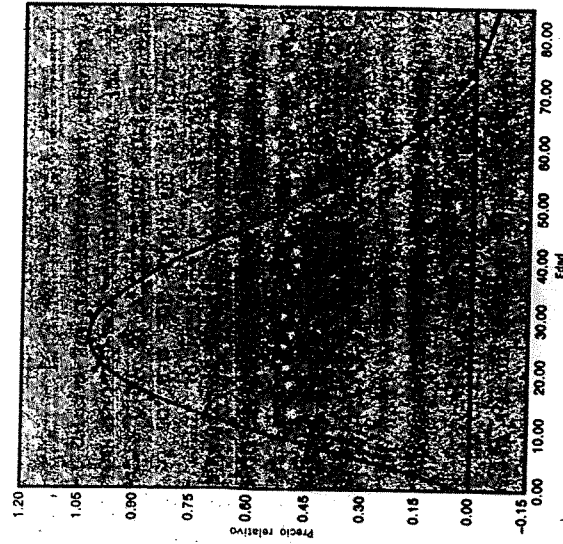


Fig. 16. Promedios de los precios relativos por edades de los esclavos en el Viejo Sur.

El paternalismo no es intrínsecamente incompatible con la empresa capitalista, ni tampoco es necesariamente una barrera para la maximización de los beneficios. Firmas tan conocidas y espectacularmente rentables como la International Business Machines Corporation y la Eatsman Kodak practican el paternalismo. Su experiencia sugiere que las costumbres patriarcales pueden elevar realmente los beneficios haciendo que el trabajador sea más eficaz de lo que lo sería con una dirección menos benévola. No hay ninguna razón para descartar la posibilidad de que el paternalismo funcionara de esta manera en el caso de los propietarios de esclavos. Nadie ha demostrado que los amos que practicaban el paternalismo tuvieran tasas de rendimiento menores por término medio que aquellos que eran indiferentes e inhumanos con respecto al bienestar de sus esclavos.

Por el contrario, hay pruebas considerables de que los propietarios de esclavos eran hombres de negocio duros y calculadores que valoraban a sus esclavos y a sus otros bienes con tanta perspicacia como podría esperarse de cualquier capitalista del Norte. Este aspecto está bien ilustrado en la figura 15, que representa más de cinco mil precios de esclavos. Aunque había variaciones en el precio de cada edad (como era de esperar en el caso de esclavos que diferían en salud, actitudes y capacidades), la distribución sigue unas pautas muy definidas. Por término medio, los precios ascendían hasta cerca de los treinta años y luego caían. La caída era lenta al principio pero luego se hacía más rápida, hasta alcanzar las edades avanzadas. El esquema básico del movimiento de los precios por edades está más claramente reflejado en la figura 16. Aquí cada observación representa el promedio de todos los precios para una edad determinada. Las figuras 15 y 16 también muestran la curva o perfil que describe mejor la relación entre precios y edades.

¿Cuál es la explicación de esta muestra de precios por edades? El consumo ostentoso y otros argumentos no económicos que han intentado explicar la tendencia de los precios de los esclavos en el tiempo fallan aquí claramente. Parece poco probable que los esclavos de veintiséis años estuvieran dos veces más valorados que los de diez años porque los propietarios obtenían dos veces más de honor y prestigio de los esclavos mayores que de esclavos menores.

El perfil edad-precio está mejor explicado en la muestra de ganancias a lo largo del ciclo de vida de los esclavos. En realidad, el perfil edad-precio supone un correspondiente perfil de ganancias. La figura 17 representa el promedio neto de ganancias o beneficios provenientes de esclavos en el Viejo Sur en

cada edad hacia 1850. Las ganancias netas eran negativas hasta los ocho años. Luego se hacían positivas, alcanzando su punto culminante a los treinta y cinco años. Es interesante observar que las ganancias de los esclavos de sesenta y cinco años eran aún positivas y, por término medio, representaban para el amo un ingreso neto semejante al de un esclavo en mitad de su

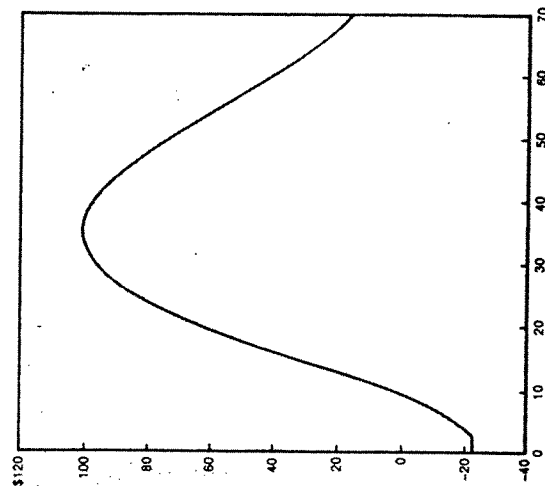


Fig. 17. Ganancias anuales netas provenientes de los esclavos por edades hacia 1850, Viejo Sur.

adolescencia. Esto no quiere decir que todos los esclavos de sesenta y cinco años produjeran un ingreso neto positivo para su amo. Algunos de los ancianos representaban una pérdida neta. No obstante, los ingresos producidos por los ancianos físicamente aptos eran más que suficientes para compensar la carga que representaban los incapacitados. El promedio de ingresos netos provenientes de los esclavos seguía siendo positivo hasta cerca de los ochenta años. Aun después de esta edad, el promedio de cargas era bastante bajo, ya que una buena parte de los esclavos que llegaban a los ochenta producía aún ingresos netos positivos.

Así pues, es infundada la frecuente afirmación de que los

propietarios de esclavos preferían hacerlos trabajar hasta morir a una edad temprana con el objeto de evitar las cargas de mantenimiento a edades avanzadas. Los propietarios de esclavos podían generalmente emplear a sus esclavos en forma rentable a lo largo de todo el ciclo vital. Los plantadores resolvieron el problema de la vejez variando las tareas de acuerdo con las capacidades de los esclavos. En las plantaciones había muchas ocupaciones adecuadas para los ancianos. Las mujeres demasiado viejas para el trabajo en el campo podían, por ejemplo, ser responsables del cuidado de los niños esclavos u ocuparse de los enfermos. Podían también ser empleadas como costureras o para hilar el algodón y tejerlo. Los hombres mayores podían encargarse del ganado o responsabilizarse del cuidado de los aperos. Algunos se convertían en jardineros o sirvientes domésticos. Esta capacidad de utilizar el trabajo de los ancianos no era probablemente una característica de la esclavitud *per se*, sino de su naturaleza predominantemente agraria. La aparición del problema de qué hacer con los viejos coincide con el surgimiento de las sociedades urbanas industriales. Este es un problema que raramente aparecía en las zonas rurales.

La figura 18 compara los precios de hombres y mujeres y muestra que eran prácticamente idénticos hasta los nueve años, después de lo cual los precios de las mujeres ascendían menos rápidamente que los de los hombres. A los veintisiete años, el precio de la mujer era de cerca del 80 por 100 del precio de un hombre. La proporción desciende al 60 por 100 a los cincuenta años y a menos de la mitad a los setenta.

Nuevamente la explicación de este hecho se encuentra en los ciclos vitales de las ganancias netas de hombres y mujeres, tal como se observa en la figura 19. Durante la mayor parte de su vida, las ganancias provenientes de las mujeres eran de un 20 a un 40 por 100 inferiores a las de los hombres. Interesa señalar que antes de los dieciocho años las ganancias femeninas excedían a las masculinas. No se puede explicar esta diferencia por los ingresos producidos por el nacimiento de niños de madres adolescentes. Como se mostrará luego, las ganancias provenientes de los alumbramientos eran bastante reducidas durante estos años. La temprana ventaja de las mujeres en la producción de ganancias parece deberse fundamentalmente a un ritmo de madurez más rápido que el de los hombres.

A falta de testimonios acerca del comportamiento de los propietarios de esclavos en el mercado, fue fácil para los historiadores con inclinaciones románticas postular la dicotomía entre paternalismo y búsqueda de beneficios. El argumento del

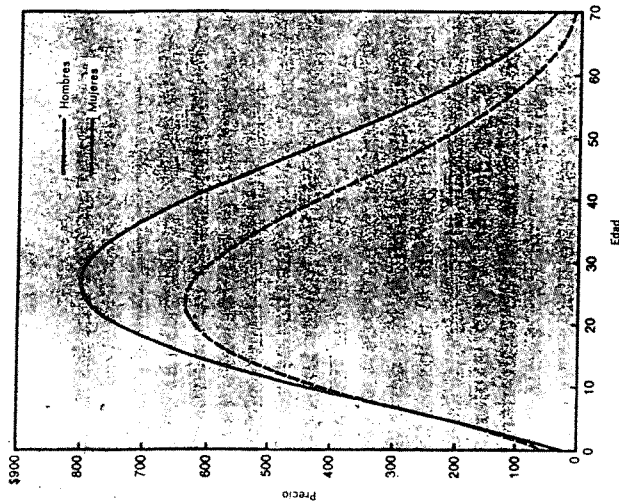


Fig. 18. Precios de los esclavos por edad y sexo hacia 1850, Viejo Sur.

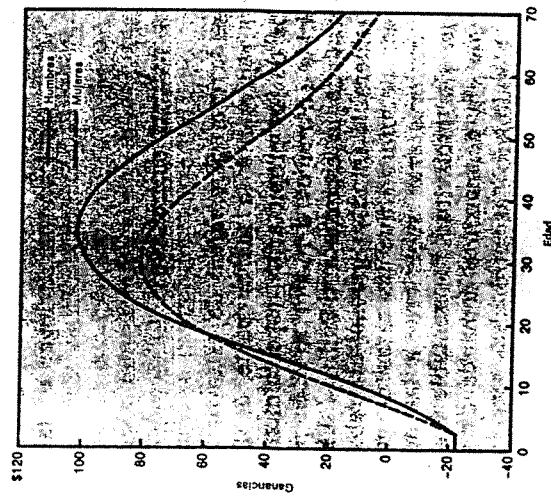


Fig. 19. Ganancias anuales netas provenientes de esclavos, por edad y sexo, hacia 1850, Viejo Sur.

paternalismo les sirvió para sostener que los amos debían haber sacrificado las ganancias a otros objetivos. Ahora que se ha establecido firmemente la rentabilidad de la esclavitud y el completo predominio de las consideraciones mercantiles en el comportamiento de los propietarios de esclavos de cara al mercado, ¿debemos suponer que el paternalismo fue una invención de los apologistas de la esclavitud? Esta conclusión sería tan romántica e ingenua como la que hemos rechazado. Existen demasiados testimonios sobre los fuertes lazos personales entre amos y esclavos para negar que éste fue un rasgo del sistema esclavista. «Ahora mi corazón está casi destrozado», escribía un plantador de Luisiana con ocasión de la muerte de su principal administrador esclavo. «He perdido al pobre Leven, uno de los más fieles negros que hayan vivido. Era sincero y honrado y nunca descubrí en él un defecto. Vigiló la plantación cerca de tres años y lo hizo mucho mejor que cualquier blanco; yo llevaba una vida tranquila.»

¿Habría sido esta expresión de afecto tan profunda si Leven hubiera sido ineficaz, falto de honradez e impertinente? Aunque no queremos decir que el afecto por los esclavos estaba puramente en función de su capacidad productiva, sí queremos sugerir que el afecto y la productividad se reforzaron mutuamente con más frecuencia de la que entraron en conflicto. Tanto la crueldad como el afecto tuvieron su lugar en las plantaciones del Sur.

III. EL MITO DE LA CRÍA DE ESCLAVOS

La tesis de que la cría sistemática de esclavos para su venta en el mercado representó la mayor parte de los ingresos o beneficios netos de los propietarios, especialmente en el Viejo Sur, es mantenida en mayor o menor medida por la mayoría de los miembros de la escuela anti-Phillips. Esta afirmación recibió un considerable impulso gracias al trabajo de Conrad y Meyer, quienes dedujeron que las tasas de ganancia provenientes de las mujeres eran superiores a las de los hombres en el Viejo Sur. «La esclavitud fue rentable en todo el Sur», concluyen, porque «la permanente demanda de mano de obra en el cinturón algodonnero» aseguró altos «rendimientos de la cría en las tierras menos productivas de la costa y de los estados limítrofes».

Las palabras «sistemática» y «mercado» han sido subrayadas en el párrafo anterior para recalcar que lo que implica la tesis

de la cría de esclavos es algo más que la existencia de incentivos generales para estimular las familias numerosas entre los esclavos. *Cría sistemática para el mercado* implica dos conceptos interrelacionados: 1, interferencia en los hábitos sexuales normales de los esclavos con el fin de aumentar al máximo la fertilidad femenina mediante procedimientos tales como el apareamiento de las mujeres con hombres especialmente potentes, tal como ocurre en la cría de ganado; 2, generación de esclavos con vistas a su venta, como sucede también con las vacas o los caballos.

Sin duda son insuficientes los testimonios presentados para sostener la tesis de la cría para el mercado. Además de las diferencias en las tasas de ganancias descubiertas por Conrad y Meyer, las pruebas consisten fundamentalmente en acusaciones sin comprobar hechas por los abolicionistas y en ciertos datos demográficos. Sin embargo, las correcciones posteriores al trabajo de Conrad y Meyer han mostrado que las tasas de rendimiento provenientes de hombres y mujeres eran aproximadamente las mismas. Y los varios miles de horas de investigación de historiadores profesionales en los registros de las plantaciones no han llegado a descubrir un solo caso auténtico de las plantaciones de «reproducción» alegadas por los abolicionistas.

El argumento demográfico en favor de la existencia de la cría de esclavos se basa en dos observaciones fundamentales. En primer lugar, los estados exportadores tenían menos esclavos en el grupo de edad de los quince a los veintinueve años, y más en edades muy tempranas y muy avanzadas, que los estados importadores. En segundo lugar, el índice de fertilidad, considerado como la proporción entre los niños menores de un año y las mujeres entre los quince y los cuarenta y nueve años, era ligeramente mayor en los estados exportadores que en los importadores. Ninguna de estas observaciones demográficas era suficiente para establecer la existencia de la cría de esclavos para el mercado. Las desviaciones de la distribución de edades en los estados importadores y exportadores se daban no sólo entre los esclavos, sino también entre los hombres libres. Hay pruebas de que tanto unos como otros emigraron del este al oeste. Pero este aspecto nunca ha sido puesto en duda. Lo que está en duda es el hecho de que la emigración de esclavos se produjera a través del tráfico y no a través de la emigración de plantaciones enteras.

Como se demostró en el capítulo 2, sólo el 16 por 100 del movimiento interregional de esclavos se realizó a través del mercado. Este pequeño movimiento, de un promedio de dos

mil quinientas personas por año, produjo a los plantadores del Viejo Sur en 1860 unos ingresos brutos de 3,000,000 de dólares y unos ingresos netos de sólo una cuarta parte. Es poco probable que el destino de la esclavitud en el Viejo Sur dependiera de una partida que suponía menos del 1 por 100 de los ingresos rurales. En realidad sería más fácil defender la indispensabilidad del cultivo de la batata, ya que esta partida producía más

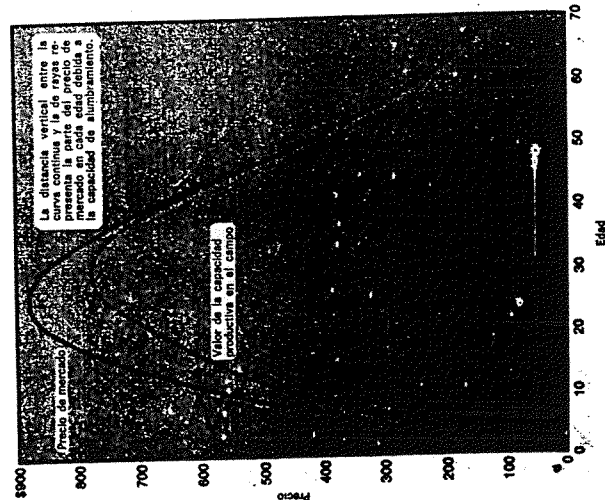


Fig. 20. División del precio de las mujeres entre el valor de la capacidad de alumbramiento y el valor de la capacidad productiva en el campo, Nuevo Sur.

ingresos a los propietarios que la venta interregional de sus esclavos.

Es igualmente erróneo el argumento de que fue sólo en el Viejo Sur, cuyas tierras eran de baja calidad, donde los plantadores tenían incentivos para reforzar la fertilidad; mientras que en el Nuevo Sur, donde el rendimiento del suelo era alto, los plantadores preferían tener a «las esclavas mujeres traba-

jando en el campo a tenerlas indispuertas con la preñez y ocupadas con los niños». En realidad, ésta no es más que una racionalización para explicar por qué el índice de fertilidad fue más alto en el Viejo Sur que en el Nuevo.

Las figuras 20 y 21 contradicen este análisis. Muestran que tanto en términos absolutos como relativos al precio total, la capacidad de alumbramiento de una mujer estaba más valorada

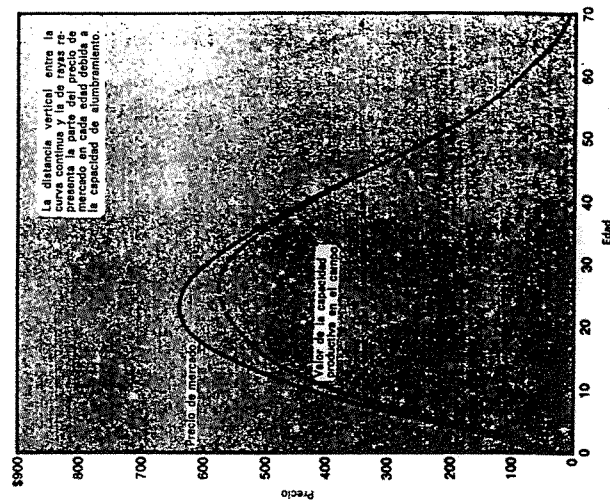


Fig. 21. División del precio de las mujeres entre el valor de la capacidad de alumbramiento y el valor de la capacidad productiva en el campo, Viejo Sur.

en el Nuevo Sur que en el Viejo. Para las mujeres de veinte años, por ejemplo, el valor real de la capacidad de alumbramiento era de 170 dólares en Luisiana en 1850 y sólo de 80 dólares en el Viejo Sur. Por lo tanto, ambas regiones del Sur tenían motivaciones económicas para reforzar la fertilidad. Si es que existió el incentivo para reforzar la generación, fue mayor en el oeste que en el este. Sostenemos que carece de

miscuidad o la poligamia aumentarían los índices de fertilidad; el análisis de los datos de los inventarios manuscritos del censo de Estados Unidos muestra justamente lo contrario. Fincas con una mayor proporción de mujeres que de hombres exhiben índices de fertilidad menores que fincas con igual proporción de sexos. Además, las mujeres de una edad determinada emparejadas con hombres en la misma explotación agrícola tenían índices de fertilidad mayores que las mujeres de la misma edad que vivían en fincas sin compañero. Por ejemplo, mujeres emparejadas de veinte años aumentaban su fertilidad en un 42 por 100 con respecto a las mujeres sin pareja.

Pero aun en el caso de que la cría selectiva fuera la política para maximizar los índices de fertilidad no se deduce que maximizara los beneficios. La postura que sostiene que sí se apoya en dos supuestos dudosos: 1, que un gran incremento en el índice de fertilidad femenina produciría un gran incremento en los ingresos de las plantaciones, y 2, que no costaba nada interferir en la vida sexual de los esclavos. La figura 22 pone de manifiesto el primer error. Muestra que, por término medio, los ingresos netos provenientes del alumbramiento representaban sólo un 10 por 100 de los ingresos netos totales producidos por las mujeres durante sus años de fertilidad. En consecuencia, aun si el índice de fertilidad femenina hubiera aumentado en un 25 por 100, aumento que habría elevado la fertilidad de los esclavos por encima del nivel considerado habitualmente como el máximo biológico, el incremento de las ganancias anuales netas por esclava habría sido inferior al 2,5 por 100, ya que no todas las mujeres productoras de ingresos estaban en edad fértil. Además, las mujeres aportaban sólo el 40 por 100 de los ingresos netos atribuibles a los esclavos. Por lo tanto, el máximo aumento de los ingresos netos por trabajador esclavo, a través de los intentos de manipular los índices de fertilidad, habría sido inferior al 1 por 100, es decir, menos de un dólar por año y por esclavo (en dólares de 1850). Este incremento insignificante de los ingresos netos podía ser fácilmente contrarrestado por los efectos de la cría selectiva sobre la moral del trabajador. Por ejemplo, la fuga, la pereza y otras violaciones de la disciplina, equivalentes a la pérdida de tres días laborales por año, habrían anulado todas las ganancias potenciales obtenidas mediante la elevación del índice de fertilidad al máximo biológico.

Los defensores de la tesis de la cría de esclavos se han equivocado de camino al desconocer la diferencia que existe entre los seres humanos y los animales. El hecho de que la

fundamento el argumento económico propuesto para explicar una supuesta división regional del trabajo según la cual el Viejo Sur se concentraba en la cría de niños y el Nuevo Sur en la producción agrícola.

¿Cómo explicar los índices de fertilidad ligeramente mayores del Viejo Sur? Es necesario recordar que un índice de fertilidad es una proporción. El denominador comprende no sólo

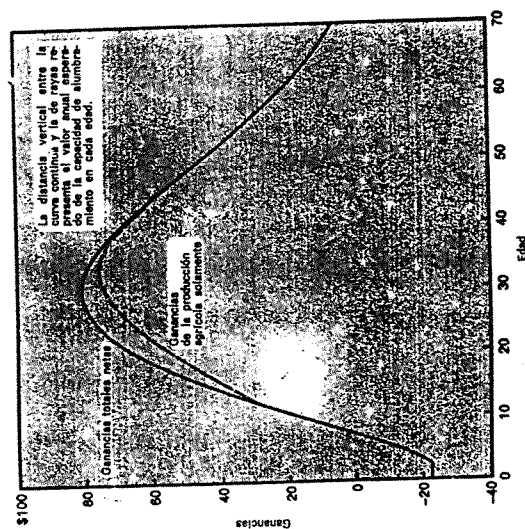


Fig. 22. División de las ganancias anuales netas provenientes de las mujeres entre la capacidad de alumbramiento y las ganancias agrícolas por edades, Viejo Sur.

a las mujeres casadas, sino también a las solteras. De allí que el índice de fertilidad fuera mayor en el Viejo Sur, puesto que la participación de mujeres solteras sin niños en la migración interregional fue mayor que en la población remanente. Como mostramos en el capítulo 2, esto fue en realidad lo que sucedió.

Los defensores de la tesis de la cría de esclavos cometen un error aún más fundamental cuando afirman que la interferencia en la vida familiar normal con el objeto de aumentar la fertilidad pudo haber tenido un amplio y positivo efecto sobre los beneficios. Nunca ha sido demostrada la aseveración de que la práctica selectiva de la generación y el estímulo de la pro-

manipulación eugenésica aumente la fertilidad de los animales no significa que obre de la misma manera sobre los seres humanos. No sólo la promiscuidad aumenta las enfermedades venéreas (problema que no afecta a la cría de animales), reduciendo por lo tanto la fertilidad, sino que también los factores emocionales tienen una significación considerable en el éxito de la procreación humana. Estos factores están por supuesto también presentes en el trabajo cotidiano. Los esclavos distraídos y descontentos no eran buenos peones agrícolas.

En consecuencia, la mayoría de los plantadores evitaban interferir directamente en las prácticas sexuales de los esclavos e intentaron influir en las pautas de fertilidad a través de un sistema de incentivos económicos positivos, incentivos que se asemejan a los que practican varios gobiernos en la actualidad. Los Estados Unidos, por ejemplo, otorgan reducciones de impuestos por matrimonio y por hijos; Francia tiene subsidios directos de maternidad; la Unión Soviética combina los subsidios con recompensas honoríficas: las madres de una familia excepcionalmente numerosa se convierten en «héroes de la Unión Soviética». Lo mismo ocurría en las plantaciones.

Primero y ante todo, los plantadores promovían la constitución de familias mediante la exhortación y mediante móviles económicos. «Hay que fomentar el matrimonio», escribía James H. Hammond a su capataz, «ya que aumenta la comodidad, la felicidad y la salud de quien lo contrae, además de asegurarle un mayor beneficio». Los incentivos económicos para el casamiento por lo general incluían una casa, una parcela privada que la familia podía trabajar en su propio provecho y, frecuentemente, un premio en dinero o en objetos domésticos. El estímulo fundamental para la maternidad eran los trabajos más livianos y los cuidados especiales reservados a las futuras y nuevas madres. El trabajo agrícola que se exigía a una mujer después del quinto mes de preñez se reducía generalmente en un 40 o un 50 por 100. En el último mes se las eximía frecuentemente del trabajo agrícola y se les asignaban tareas livianas como coser o hilar. A las madres lactantes se les permitía llegar al trabajo más tarde que al resto y abandonarlo tres o cuatro horas por día para alimentar a sus hijos. Había por supuesto también beneficios de mayor alcance. Las mujeres que parían un número excepcional de hijos se convertían en «heroínas de la plantación» y eran liberadas de todo trabajo agrícola.

El propósito del argumento precedente no es establecer la ausencia total de intentos de manipulación eugenésica ni negar

la existencia de amos que usaban a sus esclavos para dar rienda suelta a su lascivia, de capataces que trataban a las esclavas que estaban bajo su control como miembros de un harén y de hijos de propietarios de esclavos que seducían a muchachas muy jóvenes. No hay duda de que tales abusos sexuales eran fomentados por un sistema jurídico que no sólo privaba a las esclavas de todo derecho a un recurso legal, sino que sancionaba el derecho de los propietarios a manipular las vidas privadas de sus pertenencias.

Pero el problema aquí no es la repercusión del sistema legal, sino la repercusión de las fuerzas económicas. Aunque hubo circunstancias en las cuales la economía esclavista reforzó la promiscuidad y el concubinato generalizados, circunstancias que son descritas en el capítulo 4, el sistema de incentivos económicos que engendró el sistema esclavista norteamericano surtió efectos contrarios a la manipulación eugenésica y a los abusos sexuales. Quienes cometieron estos actos no lo hicieron a causa de sus intereses económicos, sino a pesar de ellos. Las instrucciones que los propietarios de esclavos daban a sus capataces reconocían frecuentemente este conflicto; contienen advertencias explícitas contra una «familiaridad indebida» que pudiera minar la moral y la disciplina del esclavo. «El que tenga relaciones con cualquiera de mis siervas», escribía un importante plantador de Luisiana, «será castigado con el abandono de mi empleo, y ninguna excusa será válida». No se ha descubierto ningún conjunto de instrucciones a los capataces que explícita o implícitamente fomentaran la cría selectiva o la promiscuidad.

IV. LA VIABILIDAD ECONOMICA DE LA ESCLAVITUD DESPUES DE LA REVOLUCION Y EN VISPERAS DE LA GUERRA CIVIL

Dos episodios del período anterior a la guerra han sido esbozados como prueba de que fuerzas económicas subyacentes estaban llevando al sistema esclavista a su destrucción. Phillips situó uno de estos episodios en la década que siguió al fin de la revolución americana. Ramsdall localizó el otro en la década que precedió a la guerra civil.

Phillips basó su argumentación en opiniones dispersas de plantadores que hablaban de tiempos malos. «Por todas partes, los precios de los esclavos», escribía, «estaban declinando de manera tan alarmante que a finales de 1794 George Washington aconsejaba a un amigo convertir a sus esclavos en otras formas

de propiedad...». No obstante, Phillips no era capaz de utilizar la serie de precios de esclavos que tan laboriosamente había construido para comprobar sus afirmaciones, ya que sus series se remontaban sólo a 1795. Aceptaba simplemente las opiniones dispersas acerca de la mala situación como prueba de que «la paz de 1783 trajo una depresión a todos los distritos plantadores» que duró más de una década y transformó las anteriormente rentables inversiones en esclavos en una pesada carga.

Es cierto que los precios de los esclavos se debilitaron después de la revolución, pero no se trató de una depresión prolongada y severa. Si bien sufrieron una fuerte depresión en los últimos años de la revolución, volvieron casi al nivel prerrevolucionario hacia mediados de la década de 1780 y alcanzaron un techo relativamente alto en los años siguientes. Entre 1784 y 1794 el promedio de los precios de los esclavos fue un 89 por 100 del nivel anterior a la revolución. Hubo una caída adicional del 5 por 100 entre 1794 y 1795. Pero esta tendencia se invirtió abruptamente en 1798.

Además, ni el debilitamiento de los precios durante los primeros años de la década de 1790 ni la breve caída posterior implica necesariamente que la demanda de esclavos estuviera en decadencia. Tal vez sólo indique que la oferta de esclavos aumentaba más rápidamente que la demanda. Esto parece ser lo que sucedió. Como señalamos en el capítulo 1 (véanse figuras 6 y 7), la década de 1790 se caracterizó por un aumento sin precedentes en las dimensiones de la población esclava. No solamente fue grande el incremento natural, sino que también las importaciones, que pasaron de 79,000, fueron mayores que en las décadas anteriores. En realidad el ritmo de importaciones durante la década de 1790 fue casi dos veces superior al que había predominado en los cincuenta años anteriores.

A pesar del debilitamiento de los precios posterior a la revolución, la tendencia de la demanda de esclavos fue claramente ascendente a partir de 1781 (véase figura 24). La evidente preocupación de George Washington no fue generalmente compartida por otros propietarios de esclavos. Como grupo, éstos intentaron aumentar y no reducir su posesión de esclavos. Aun en 1796, cuando los precios estaban en el punto más bajo del período posrevolucionario, la demanda de esclavos era mayor en más de un 50 por 100 de lo que había sido en 1772.

La vacilación en el crecimiento de la demanda durante unos pocos años después de 1791 pudo deberse al miedo que engendró la revuelta de los esclavos de Haití; también pudo ser una

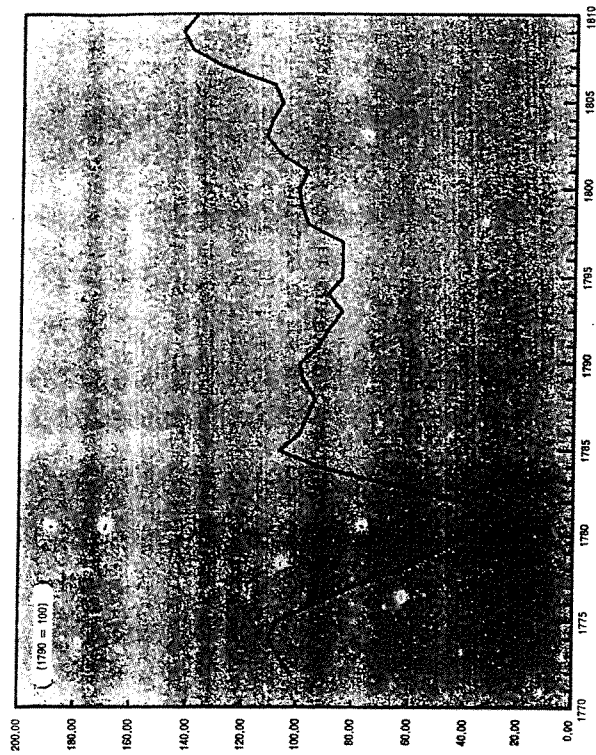


Fig. 23. Índice de los precios reales de los esclavos en los Estados Unidos, 1772-1810.

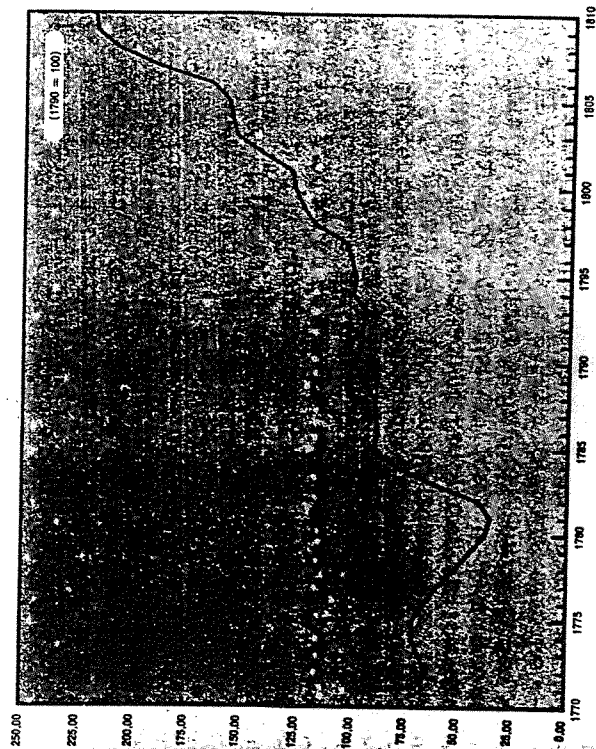


Fig. 24. Índice del movimiento de la demanda de esclavos, 1772-1810.

reacción a las numerosas leyes de emancipación de los estados del Norte. Por otro lado, la revolución haitiana pudo ser responsable del súbito incremento de la oferta de esclavos en los Estados Unidos durante estos años. Hay testimonios que indican que un gran número de propietarios de las Indias Occidentales vendieron sus esclavos a compradores norteamericanos o viajaron con ellos con el fin de establecer nuevas plantaciones en el continente. El intento de los propietarios del Norte de evitar las consecuencias de la emancipación pudo aumentar también la oferta del Sur.

En cualquier caso, la gran afluencia de esclavos a los Estados Unidos contradice claramente la tesis de que la esclavitud fue rescatada de su lecho de muerte por el auge del cultivo del algodón. Si la esclavitud se hubiera vuelto poco rentable durante las décadas de 1780 y 1790, se habría observado un cese en la importación de esclavos. Si la crisis hubiera tenido proporciones importantes, habría retrocedido la afluencia de esclavos. Los Estados Unidos habrían pasado de ser un importador neto a ser un exportador neto de esclavos, al tratar los plantadores norteamericanos de restringir sus pérdidas vendiendo sus esclavos a las zonas donde la esclavitud era aún rentable.

El episodio escogido por Ramsdell se refiere no al movimiento de los precios de los esclavos, sino al movimiento de la producción algodонера y de los precios del algodón. Sabía muy bien que los precios de los esclavos estuvieron aumentando a lo largo de toda la década de 1850. A pesar de ello, Ramsdell creía que los plantadores se sintieron irresistiblemente atraídos hacia la superproducción de algodón y que esta fuerza indefinible anunció el fin de la esclavitud. Vea una clara prueba de la tendencia a la superproducción en el aumento sin precedentes de la producción de algodón entre 1850 y 1860. El incremento de esta década fue mayor que el que existió en todo el siglo anterior. Además, el índice de crecimiento de la producción algodонера se fue acelerando a medida que la década avanzaba. Sólo entre 1857 y 1860 aquélla aumentó en 1.500.000 balas. Este aumento espectacular fue mayor que el logrado durante las cuatro décadas que van desde la invención de la desmotadora de algodón hasta el fin de la administración jacksoniana.

Para Ramsdell, las implicaciones de esta compulsión a desplazar los recursos al algodón eran obvias. El precio del algodón estaba destinado a descender: de hecho descendería finalmente

a niveles tan bajos que la esclavitud dejaría de ser rentable. Los signos del futuro eran ya evidentes, puesto que el salto en la producción entre 1858 y 1860 había iniciado el esperado descenso de los precios. Por lo tanto, «aquellos que desearan verla destruida [la esclavitud]», concluye Ramsdell, «sólo tenían que esperar un poco, tal vez una generación o probablemente menos».

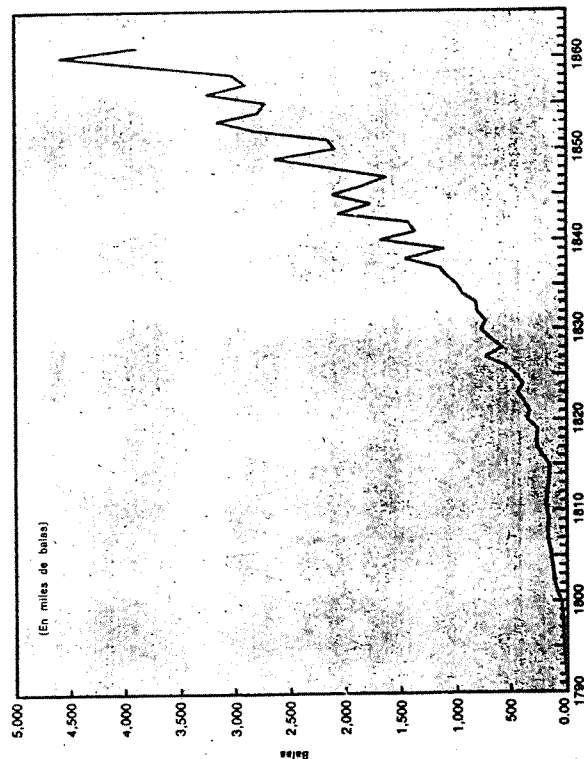


Fig. 25. Movimiento de la producción de algodón, 1791-1861.

Aunque no se pueda negar que el crecimiento de la producción algodонера durante la década de 1850 fue espectacular, es rebatible la conclusión de que este incremento reflejó una conducta irracional y anticomercial. Ni un crecimiento extremadamente rápido de la producción ni una caída de los precios son *per se* pruebas de una superproducción. Por ejemplo, la producción de tejidos de algodón se triplicó entre 1822 y 1827. En ese mismo tiempo el precio de los tejidos de algodón descendió en un 35 por 100. Todavía nadie ha acusado a los fabricantes de esos tejidos del Norte de una irresistible tendencia a

la superproducción. Muy por el contrario, ha sido celebrado en todas partes su dinamismo en respuesta al nuevo mercado de tejidos. Y la capacidad de los fabricantes de tejidos de hacer bajar sus precios ha sido considerada como un índice de vitalidad del sistema fabril.

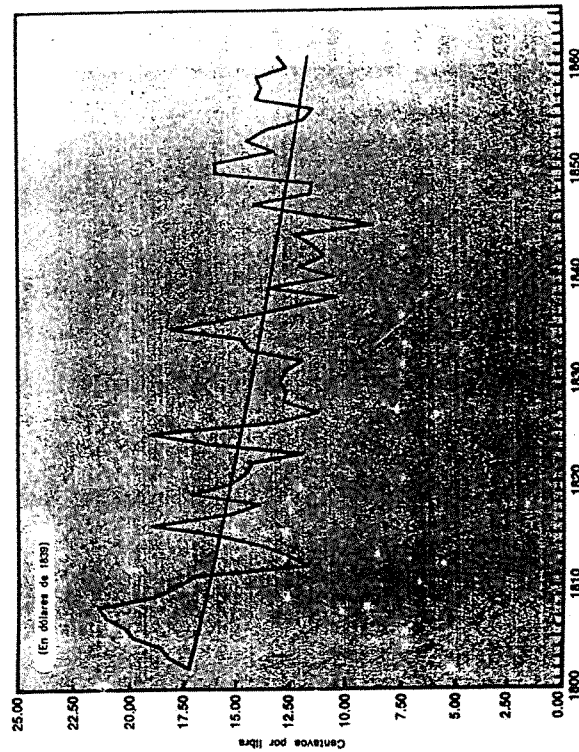


Fig. 26. Movimiento de los precios del algodón, 1802-1861.

No hubo nada de excepcional en la leve caída de los precios del algodón que se produjo entre 1857 y 1860. El hecho es que la tendencia general de los precios del algodón en rama fue descendente a partir de 1802 (véase figura 26). A pesar de producirse fluctuaciones en esta tendencia, el índice medio anual de descenso fue del 0.7 por 100. El sostenido crecimiento de la productividad fue la causa básica de este prolongado descenso. Entre los hechos que hicieron mucho más eficaz el cultivo del algodón figuran las mejoras en las variedades de semillas, la introducción de la desmotadora de algodón, la reducción de los costos de transporte y de venta y el desplazamiento

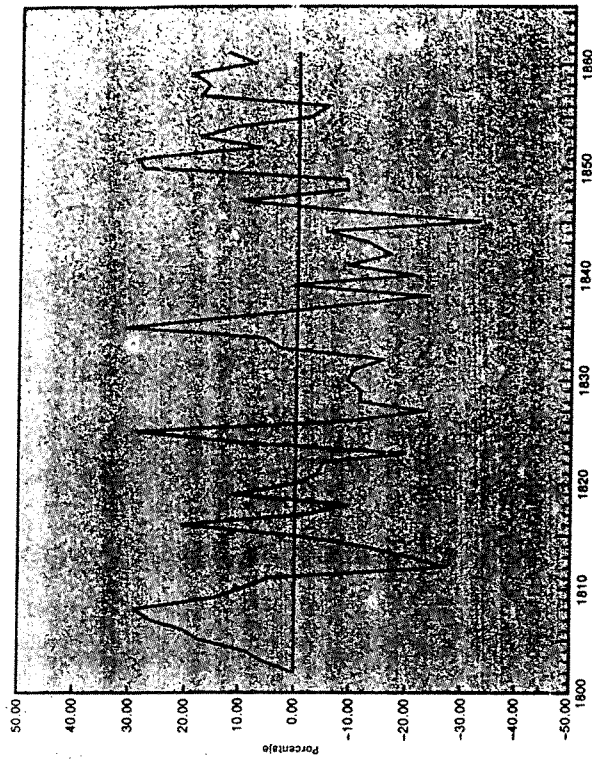


Fig. 27. Desviación de los precios del algodón de sus valores tendenciales, 1802-1861.

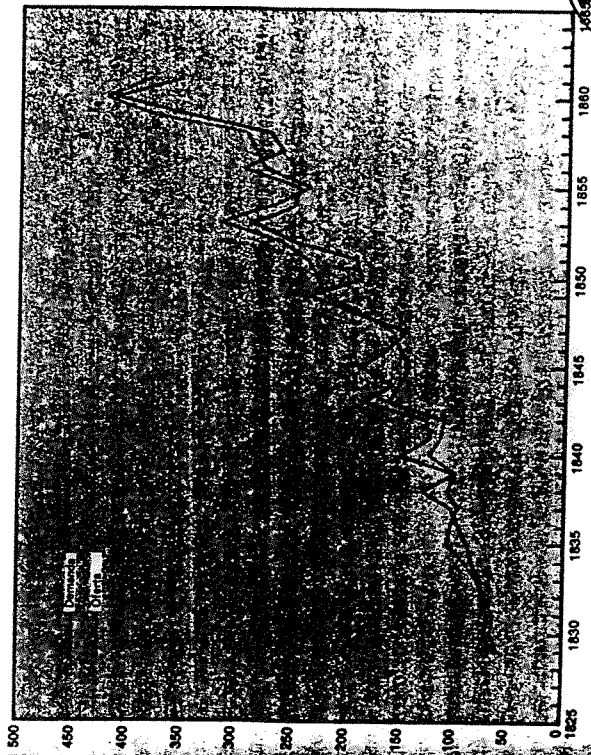


Fig. 28. Comparación entre los índices de la demanda y de la oferta de algodón, 1829-1861.

de la producción algodonera a las tierras más fértiles del Nuevo Sur.

Por esta razón, era de esperarse que un aumento en la producción estuviera generalmente asociado a precios en descenso. Ya que los progresos en la productividad causaban la caída de los costos, los beneficios de los plantadores debían elevarse a pesar de los precios en descenso del algodón. Lo fundamental, pues, no es el nivel absoluto de los precios, sino el nivel de los beneficios. Puede tenerse una idea aproximada del movimiento de los beneficios examinando la desviación de los precios del algodón de su tendencia a largo plazo. Cuando los precios del algodón estaban por encima de su valor tendencial a largo plazo, los beneficios de los plantadores estaban probablemente por encima de lo normal. Cuando los precios estaban por debajo de su valor tendencial, los beneficios provenientes de la producción algodonera estaban probablemente por debajo de lo normal.

La figura 27 indica que la década de 1850 constituyó un período de auge sostenido en los beneficios de los plantadores de algodón. Fue una época que superó incluso la legendaria prosperidad de la década de 1830. Casi todos los años de la década produjeron beneficios por encima de lo normal. Más aún, los beneficios siguieron siendo elevados durante los últimos cuatro años de la década, con precios que como media estaban cerca de un 15 por 100 por encima de su valor tendencial. No hay que extrañarse de que la producción algodonera se duplicara entre 1850 y 1860. Incrementar la producción en más de un 50 por 100 entre 1857 y 1860 fue sin lugar a dudas una respuesta económica racional. Si los plantadores se equivocaron, no lo hicieron al ampliar demasiado la producción de algodón. Por el contrario: fueron demasiado conservadores. Su expansión no consiguió reducir los precios a sus valores tendenciales ni devolver sus beneficios a sus niveles normales (de equilibrio).

¿Qué hizo que la década de 1850 fuera tan próspera para los plantadores de algodón? La figura 28 nos brinda una respuesta. Indica que la demanda mundial de algodón comenzó a aumentar rápidamente a partir de 1846. En los quince años siguientes, el índice medio anual de modificación de la demanda fue de cerca de un 7 por 100. La figura 28 muestra también que los cambios en la oferta de algodón fueron por lo general a la zaga de los cambios en la demanda. En consecuencia, los precios y los beneficios tendieron a estar por encima de lo normal cuando la demanda era creciente y por debajo de lo normal cuando la demanda era decreciente o estaba estancada.

En resumen: el aumento sin precedentes en la producción algodonera a partir de 1857 fue debido al rápido progreso de la demanda mundial de algodón americano. El rezago de la oferta de algodón con respecto a la demanda hizo que los precios aumentaran por encima de los niveles normales, produciendo beneficios insólitos para los plantadores. Aunque éstos respondieron al incentivo, no aumentaron la producción lo suficientemente rápido para llevar de nuevo los precios y los beneficios a un nivel normal.

En consecuencia, la historia del plantador falto de sentido comercial y embargado por una irresistible tendencia a la superproducción de algodón es pura fantasía. Es a los que idealizaron el Sur anterior a la guerra lo que la historia de la cría de esclavos a los críticos abolicionistas: una invención muy cómoda.

V. LA ESCLAVITUD EN LAS CIUDADES Y LA TESIS DE LOS «LÍMITES NATURALES»

Muchos escritores han estado convencidos de que la esclavitud se habría extinguido aun sin la mediación de la guerra civil, por los límites geográficos naturales del cultivo del algodón y por la presión provocada por la creciente urbanización. Tal vez en una o dos décadas, después de 1860, estos dos obstáculos hubieran terminado con la vida del sistema esclavista. La tesis de los «límites naturales» sostiene que el crecimiento de la mano de obra esclava en relación con la tierra habría reducido finalmente el valor del esclavo a menos de su costo de subsistencia. El crecimiento de la mano de obra en relación con la tierra parecía asegurado desde el momento en que se hallaba limitada la tierra apta para el algodón, mientras que la oferta de mano de obra esclava estaba destinada a aumentar con el aumento de la población esclava. Las ciudades no habrían proporcionado una salida a este exceso, ya que constituían un medio hostil, en el cual la esclavitud no podía prosperar.

Nos encontramos predispuestos a descartar la tesis de los límites naturales, puesto que parece depender del supuesto de que los esclavos sólo podían ser utilizados en la producción del algodón. Aparte de la ofensa que supone la afirmación de que a los esclavos no se les podía enseñar otros oficios, este supuesto obviamente exagera la identidad entre el cultivo del algodón y la esclavitud. Como señalamos en el capítulo 2, un por 100 de los esclavos trabajaba en las ciudades y un 20

por 100 de los que vivían en las plantaciones eran empleados como artesanos y trabajadores semiespecializados de diversas clases. Con todo, cerca del 60 por 100 de los esclavos intervenía en uno u otro aspecto de la producción de algodón. Aunque el cultivo del algodón no se identificara con la esclavitud, fue una de las ocupaciones más importantes de los esclavos. Se puede modificar la tosiedad de la tesis de los límites naturales argumentando no que todos los esclavos tenían que ser empleados en el cultivo del algodón, sino que la proporción de esclavos allí empleados tenía que permanecer en el nivel anterior a la guerra. La justificación para limitar la afluencia de esclavos a otras áreas productivas no implica necesariamente una calumnia contra los negros; podría argumentarse que la organización del sistema de trabajo esclavo era demasiado rígida para permitir la participación eficaz de un porcentaje mayor de esclavos en actividades no agrícolas del que había existido en el período de preguerra. En cualquier caso, la tesis de los límites naturales tiene un número suficientemente amplio de partidarios para garantizar su comprobación objetiva.

En el apéndice B* se ofrece una ecuación que hace posible tal comprobación. La mencionada ecuación permite predecir el cambio en el precio de los esclavos, dada la información sobre los precios y la producción del algodón, el volumen de la mano de obra empleada en su cultivo, el costo de mantenimiento de los esclavos y el tipo de interés comercial. Se conocen los valores de todas estas variables para el período posterior a la guerra civil, a excepción del índice de crecimiento de la mano de obra esclava que habría sido empleada en la producción del algodón y el costo de mantenimiento de los esclavos. A pesar de ello, la propia tesis de los límites naturales proporciona estos valores desconocidos. Dada la necesidad de que la proporción de la mano de obra dedicada al algodón permaneciera constante y dada la constancia del índice de participación de la mano de obra, el índice de crecimiento de la mano de obra esclava dedicada al algodón habría sido igual al índice de crecimiento de la población negra. Además, la tesis de los límites naturales acepta implícitamente la constancia relativa, si no del estilo de vida absoluto, al menos de las proporciones relativas de los beneficios provenientes de los esclavos. De ahí que los costos de mantenimiento cambiaran con las ganancias brutas.

En la figura 29 se ofrecen las conclusiones de la comprobación.

* Omitido en esta edición. Véase N. del E.

ción. Muestra que, lejos de decaer, los precios de los esclavos habrían aumentado. En realidad, el índice anual medio de aumento entre 1860 y 1890 habría sido del 1,4 por 100, cifra apenas menor que la tendencia de crecimiento anterior a la guerra. En otras palabras, los peones agrícolas de primera categoría habrían sido vendidos en 1890 en un 52 por 100 más que en 1860. Esta sorprendente conclusión no fue prevista en

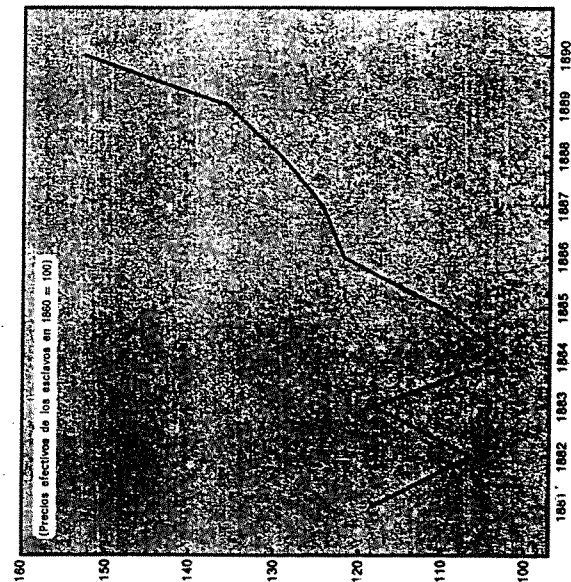


Fig. 29. Movimiento de los precios de los esclavos previsto para la década 1881-1890 si no se hubiera producido la guerra civil.

absoluto por los defensores de la tesis de los límites naturales. Se basa en dos sólidos hechos. El primero es que la demanda de algodón americano creció un poco más rápidamente que la oferta, no sólo hasta 1890 sino incluso hasta la primera guerra mundial. De ahí que el precio real del algodón fuera mayor en 1890 que en 1860. En segundo lugar, la cantidad de tierra dedicada al algodón no permaneció constante al nivel de 1859. Muy por el contrario, creció a un ritmo (2,06 por 100 al año) superior al ritmo de crecimiento de la mano de obra negra. En otros términos, el supuesto de que la cantidad de tierra

adicional disponible para el algodón estaba ya exhausta hacia 1860 es falsa. La tierra dedicada a su cultivo casi se duplicó entre 1860 y 1890, y entre 1890 y 1925 se duplicó con creces.

La ironía de la aceptación generalizada de la hipótesis de los límites naturales es que fue rechazada por el hombre que a menudo es citado como su principal constructor. Como hemos señalado, el principal fundamento de Ramsdell para predecir la muerte de la esclavitud fue su suposición de que la relación tierra-mano de obra en la producción de algodón crecería en lugar de disminuir.

Pero aún sigue en pie el argumento de que la esclavitud no habría podido proseguir en un medio urbano. A un nivel superficial, los censos estadísticos de la población esclava de las diez mayores ciudades del Sur parecen confirmar el punto de vista convencional. Mientras que el aumento de la población esclava total fue del 160 por 100 entre 1820 y 1860, el incremento de la población esclava en las mencionadas ciudades no llegó a la mitad de este porcentaje. Entre 1850 y 1860 la disminución no fue sólo relativa. Durante la década anterior a la guerra civil, la población esclava de las diez ciudades sufrió una disminución de nueve mil personas o de un 12 por 100. En algunas ciudades la disminución absoluta no se limitó a la década de 1850. Baltimore, San Luis y Washington tenían poblaciones esclavas más reducidas en 1860 que en 1820.

Estas cifras parecen en verdad justificar la afirmación de que «la esclavitud se estaba desintegrando en las ciudades del Sur» y «estaba en graves dificultades allá donde encontraba condiciones urbanas». También lo parecen respaldar los numerosos argumentos propuestos para explicar la inhospitalidad del medio urbano, tales como la incompatibilidad entre la esclavitud y el método de producción fabril, los altos y progresivos costos del control de los esclavos en las ciudades, la hostilidad de los trabajadores urbanos libres a la competencia de aquéllos y el creciente temor a las rebeliones esclavas.

Pero cuando se indaga un poco más profundamente, el argumento en cuestión comienza a debilitarse. No hubo una confusa desbandada de esclavos fuera de las ciudades. Por ejemplo, la población esclava del segundo grupo de diez ciudades del Sur no decayó entre 1850 y 1860; creció moderadamente. No todas las ciudades del primer grupo perdieron esclavos. Cuatro de las diez primeras ciudades experimentaron un crecimiento vigoroso en todo este período de cuatro décadas. El índice de crecimiento de la población esclava de este subgrupo no sólo igualó la media nacional, sino que la superó en un 50 por 100.

¿Cómo conciliar el argumento de que en «las ciudades limitó la institución [de la esclavitud] casi había desaparecido», con el crecimiento de más del 200 por 100 de la población esclava en Luisville o con el hecho de que la población esclava total de las cuatro ciudades limitó más importantes experimentó efectivamente un crecimiento moderado entre 1820 y 1860? Nuevamente, la afirmación de que en todo el Sur la

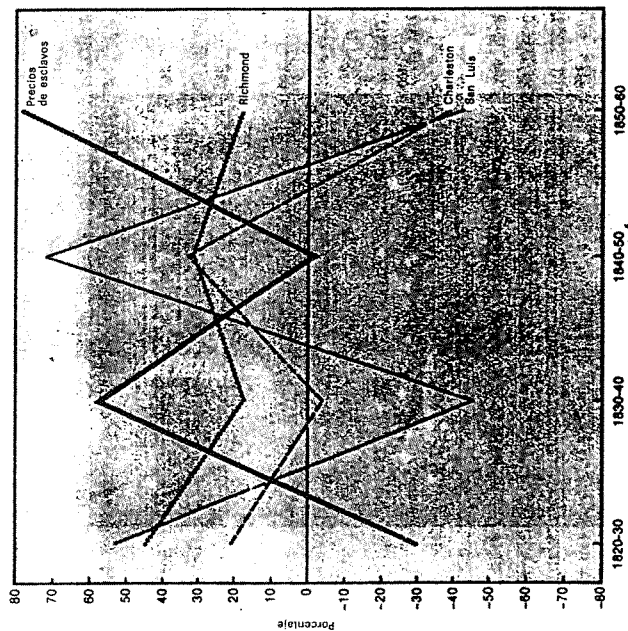


Fig. 30. Índices de cambio por década en las poblaciones de esclavos de tres ciudades del sur y en los precios de los esclavos.

esclavitud urbana en general había «disminuido en extensión y en vitalidad» no resulta muy apropiada para describir ciudades como Mobile, Savannah, Richmond, Montgomery o Memphis, todas las cuales conocieron un vigoroso incremento en sus poblaciones de esclavos.

Existen también algunos detalles persistentes que el tratamiento tradicional de la decadencia de la esclavitud urbana no se tomó la molestia de considerar. Por ejemplo, el cambio en la población de las ciudades siguió un modelo ondulatorio característico, de ascenso en ciertas décadas y descenso en otras.

Este mismo movimiento ondulatorio se percibe en el precio de los esclavos. No obstante, el modelo de los precios es *exactamente el inverso* del que muestra la población esclava. En otras palabras, la población esclava de las ciudades aumentaba más rápidamente cuando los precios de los esclavos aumentaban más lentamente; y la población esclava disminuía (o aumentaba más lentamente) cuando los precios de los esclavos aumentaban más rápidamente.

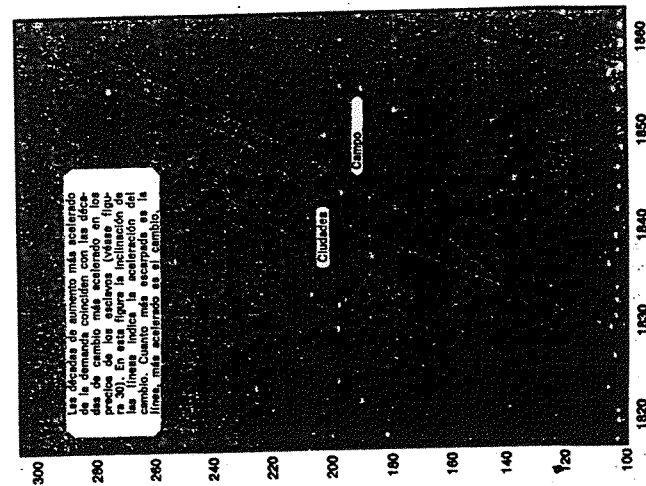


Fig. 31. Índices de la demanda de esclavos en las ciudades y en el campo.

Se ha olvidado también el detalle de que las ciudades que experimentaron las mayores pérdidas en la población esclava fueron las que tuvieron mayor afluencia de mano de obra de inmigrantes blancos. Como grupo, las ciudades de población esclava en descenso tenían una proporción más alta de trabajadores especializados, de esclavos ancianos y de esclavas que las ciudades de población esclava en ascenso.

Así pues, el modelo de cambio de la población esclava en las zonas urbanas fue mucho más complejo de lo que sugería la tesis tradicional. La teoría de que la esclavitud y la urbanización se hicieron cada vez más incompatibles a medida que el siglo avanzaba, no explica el notable índice de crecimiento de la población esclava en casi la mitad de los principales centros urbanos. Las fuerzas invocadas para explicar por qué los esclavos fueron arrojados de las ciudades no explican por qué un porcentaje más elevado de esclavos no especializados que de especializados se dirigió al campo. Tampoco explican estas fuerzas el modelo ondulatorio. Estas ondulaciones de la población no pueden ser relacionadas con fluctuaciones en el índice de rebeliones, ni con cambios introducidos en los impuestos urbanos, ni con ciclos en las restricciones a los movimientos de los esclavos en las ciudades.

Traducido al lenguaje de los economistas, la tesis tradicional de que los esclavos eran sacados de las ciudades es una teoría sobre la disminución de la demanda urbana de esclavos. Los principales factores citados para explicar la «desintegración» de la esclavitud urbana —el aumento de los costos de control, la hostilidad de los trabajadores blancos, el temor a las rebeliones por parte de los propietarios de esclavos— habrían contribuido a reducir el nivel de la demanda en las ciudades. Pero el análisis del movimiento de la demanda no indica tal tendencia descendente. Por el contrario, la demanda urbana total de esclavos se elevó en cada década entre 1820 y 1860. Las disminuciones de la demanda urbana de esclavos fueron acontecimientos excepcionales. En el caso de las diez ciudades más importantes ocurrió sólo en cuatro oportunidades: en San Luis durante la década de 1830, en Nueva Orleans durante la de 1840 y en Baltimore y Charleston durante la de 1850. En las décadas restantes, estas cuatro ciudades experimentaron una demanda creciente de esclavos; las otras seis ciudades aumentaron su demanda de esclavos entre 1820 y 1860.

Los defensores de la teoría convencional no han tenido en cuenta que los factores que influyen en la demanda eran muy variados. Ciertas condiciones, como el aumento de la competencia por parte de los trabajadores inmigrantes blancos, sirvieron para reducir la demanda urbana de esclavos. Otras fuerzas actuaron en sentido contrario. Tanto el rápido aumento de la población libre en las ciudades del Sur como el aumento de la renta per cápita hicieron crecer la demanda de esclavos. En conjunto, los factores que incrementaron la demanda de

esclavos en las ciudades resultaron sustancialmente más fuertes que los que sirvieron para reducirla.

¿Por qué entonces declinó la población esclava de las ciudades? Porque las ciudades tenían que competir con el campo por una oferta de esclavos cuyo aumento estaba limitado al índice de crecimiento natural. Durante las décadas en las que la demanda conjunta de la ciudad y del campo creció más rápidamente que la oferta de esclavos, los precios de éstos subieron por la fuerza. Tanto la ciudad como el campo reaccionaron ante esta alza, pero de maneras sustancialmente diferentes. En las zonas rurales no había sustitutos próximos para la mano de obra esclava. En el lenguaje de los economistas, la demanda rural de esclavos era muy «inelástica». Pero en las ciudades la mano de obra libre, y particularmente la inmigrante, demostró ser un sustituto muy eficaz. Esto hizo que la demanda urbana de esclavos fuera muy «elástica». En consecuencia, como la competencia entre las ciudades y el campo provocó el alza de los precios en relación con el precio de la mano de obra libre, las ciudades se orientaron hacia el tipo de mano de obra relativamente más barato. En otros términos, los esclavos fueron sacados de las ciudades al campo no porque los centros urbanos no quisieran esclavos, sino porque a medida que los precios de los esclavos subían, era más fácil para las ciudades que para el campo encontrar alternativas aceptables y baratas a la mano de obra esclava.

Creemos que es un descubrimiento de fundamental importancia el que la demanda de esclavos fuera más «inelástica» en el campo que en las ciudades. Esta información no sólo nos brinda la solución a la misteriosa decadencia de las poblaciones urbanas de esclavos, sino que también, como se verá en el capítulo 6, es un elemento central para resolver la paradoja del trabajo forzado.

VI. LA CONFIANZA DE LA CLASE PROPIETARIA DE ESCLAVOS EN LAS PERSPECTIVAS ECONÓMICAS

Para muchas cuestiones históricas, las expectativas de los propietarios de esclavos ante sus perspectivas económicas son tan importantes como la realidad que experimentaron. ¿Discrepan sus expectativas de la realidad económica? Se ha argumentado que entre los propietarios de esclavos «existía un gran temor ante las perspectivas económicas en la década de 1850». A pesar del floreciente comercio del algodón, se supone que

los propietarios de esclavos estaban muy preocupados por las condiciones económicas a largo plazo. Entre ellas, se dice que las que los hacían sentirse más pesimistas eran las perspectivas de un rápido agotamiento de las tierras dedicadas al algodón y la necesidad de obtener nuevas reservas, el estado inestable del mercado internacional de algodón y el miedo a que los intereses nortños y británicos estuvieran conspirando para manipular el mercado internacional en perjuicio del Sur.

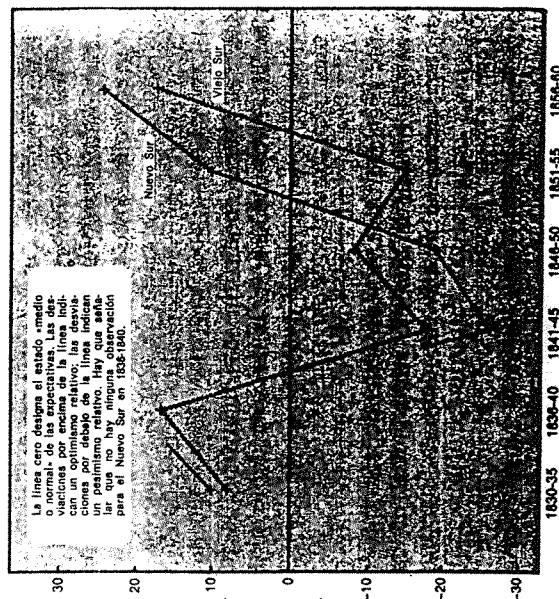


Fig. 32. Índice de confianza de los propietarios de esclavos, 1830-1860.

Es posible probar la afirmación de que los propietarios de esclavos eran pesimistas acerca del futuro construyendo un «índice de confianza». La ecuación a partir de la cual se construye este índice está expuesta en el apéndice B*. El índice se centra primordialmente en la relación entre el precio medio de compra de los esclavos y su precio medio anual de alquiler. Este último refleja la estimación del mercado del valor pro-

* Véase la N. del E., p. IX.

ductivo de los esclavos para el año siguiente. El precio de compra refleja la estimación de "mercado del valor productivo" de los esclavos no sólo para el año siguiente, sino como balance de toda su vida. De ahí que cuando los inversores pensaban que el futuro sería más lucrativo que el presente, el precio de compra de los esclavos se elevaba en relación con el precio anual de alquiler. Cuando esperaban que la situación económica se deteriorara en el futuro, el precio de compra caía en relación con el precio anual de alquiler.

En la figura 32 se muestran los índices de confianza de los propietarios de esclavos del Viejo y del Nuevo Sur. Algunos rasgos de estos índices son dignos de observación. En primer lugar, los propietarios de esclavos no eran muy firmes en su confianza. Había períodos durante los cuales eran más optimistas de lo que el movimiento de las ganancias del momento justificaba. Pero había también épocas en las que su pesimismo reducía los precios de los esclavos más rápidamente que las ganancias. El pesimismo presidió la conducta de los propietarios de esclavos en el Viejo Sur durante la década de 1840 y la primera mitad de la siguiente. Más del 60 por 100 de la estrechísima caída del precio medio de los esclavos que tuvo lugar en el Viejo Sur entre 1836-40 y 1841-45 se debió al hecho de que los propietarios de esclavos esperaban que las ganancias decayeran más rápidamente de lo que realmente lo hicieron.

En segundo lugar, durante todo el período, las ganancias esperadas sólo crecieron ligeramente más deprisa que las ganancias efectivas. El hecho de que el ritmo global de cambio en el índice de confianza sea positivo se debe exclusivamente a la fluctuación de las expectativas durante la última mitad de la década de 1850. Entre 1830-35 y 1851-55 el índice de confianza decayó tanto para el Viejo como para el Nuevo Sur.

En tercer lugar, las expectativas tendieron a ser más inconsistentes en el Nuevo Sur que en el Viejo; en la región más nueva decayeron más rápidamente durante los períodos de disminución de ganancias y crecieron con más rapidez durante los períodos de aumento.

Por último, los propietarios de esclavos no esperaban en ninguna de las dos regiones que su peculiar institución fuera abolida por una inminente catástrofe política. Durante la década de 1850 la confianza aumentó muy rápidamente, justificando el 40 por 100 del alza de los precios de esclavos en el Viejo Sur y el 75 por 100 en el Nuevo Sur. Los propietarios de esclavos no sólo esperaban que perdurara el orden social, sino que también preveían una era de prosperidad.

El hecho de que los inversores atravesaran períodos de pesimismo y optimismo no ha de dar pie a la pretensión de que los precios de los esclavos estaban determinados por una especulación descabellada. El pesimismo y el optimismo tenían sus raíces en la experiencia. El pesimismo de los primeros años de la década de 1840 fue producto de diez años de débil demanda durante los cuales el precio del algodón cayó casi en un 70 por 100, hasta un mínimo nunca visto de 5,6 centavos por libra. Igualmente, el optimismo de finales de la década de 1850 reflejó la floreciente demanda de algodón, que mantuvo en un nivel muy alto los precios de dicho producto, a pesar de la expansión registrada en las cosechas de algodón. Tal conducta es característica de los hombres de negocios que sensatamente hacen lo posible por prever un futuro incierto. Esto no confirma, sino que contradice el estereotipo del especulador imprudente que ha predominado en algunos retratos históricos.

No hay que suponer que el optimismo de los propietarios de esclavos con respecto a los problemas económicos significa que no eran conscientes de las crisis políticas que se desarrollaron rápidamente a finales de la década de 1850. Sin embargo, una crisis política no implica necesariamente una crisis económica. Por ejemplo, los precios de las reservas aumentan frecuentemente con las tensiones políticas, mientras los inversores contemplan los posibles efectos de una guerra sobre los beneficios. Los índices reflejados en la figura 32 sugieren que a finales de la década de 1850 los propietarios de esclavos esperaban que la política seguida por sus dirigentes, incluyendo la posibilidad de una guerra, llevara a una mejora de su posición económica. El Sur tuvo, por supuesto, sus Casandras. Pero en 1855-1860, los propietarios de esclavos como grupo no previeron el colapso total que sufriría su peculiar institución después de la guerra civil.